
POLICIA SIDERAL
por GEORGE H. WHITE
240
FORCE POLICE
Colección LUCHADORES DEL ESPACIO
JOSÉ

CAPITULO I

UN BELLO SUEÑO

Apenas habíase detenido el giróscopo cuando ya había saltado Berta Anglada a tierra. Sus ojos lanzaron una mirada de codicia en rededor. Aspiró con avaricia el aire por las vibrátiles aletas de su graciosa naricilla, sacudió su corta melena de ébano y abrió la boca para exclamar con infinita satisfacción:

- ¡Esto sí que da gusto!

Inmediatamente detrás de Berta, como despedido por una catapulta, Pedro Mendizábal saltó a su vez por la portezuela del giróscopo y alzó los brazos al cielo lanzando un alarido estridente:

- ¡Juilíliiii! ¡Tierra! ¡Cielo azul! ¡Árboles y hierba! ¡Oxigeno impuro! ¡Vivan las impurezas del aire de Madrid, sus malas costumbres y sus diabólicos ruidos! ¡Vivaaaaaan!

Por una de las pistas de acero venían dos generales acompañados por un capitán de la Aviación Ibérica. Los dos generales dejaron caer sobre los alborotadores una mirada de censura.

- ¿Qué les ocurre a esos locos? - refunfuñó uno de los generales -. ¿Por qué gritan? ¿Les conoce usted, capitán?

- ¡Vaya si les conozco! - rió el oficial -. Son la comandante Berta Anglada y Pedro Mendizábal, uno de nuestros mejores geólogos.

- ¡Es indigno de unos oficiales comportarse así! - gruñó el otro general -. La disciplina se relaja más cada día. ¡No sé dónde iremos a parar!

- Berta Anglada y el señor Mendizábal llegan en estos momentos del asteroide Eros, número 433 de la serie -explicó el capitán -. Han permanecido allá más de un año estudiando los minerales de aquel planetillo. Ya sabrán ustedes cuáles son las condiciones de vida en esos asteroides. Uno vive constantemente encerrado en su escafandra de vacío. Un limitado horizonte de piedras y de polvo cósmico y un cielo espantosamente negro les rodea por todas partes y el tiempo parece eternizarse en aquellas soledades envueltas en absoluto silencio, donde ni el sonido encuentra elementos para vivir y animar aquel mundo muerto…

Los generales asintieron. Conocían sobradamente las condiciones de vida de un asteroide. Sus miradas de censura se suavizaron y prosiguieron su camino sin volver a criticar los gritos y las cabriolas de contento que daban aquellos pobres expatriados.

El resto de la tripulación del giróscopo saltó a tierra entregándose a

diversas demostraciones de entusiasmo. Eran en total ocho mujeres y seis hombres. Enlazándose de las manos formaron un corro y empezaron a dar vueltas gritando a todo pulmón.

La llegada de un furgón del cuerpo de Sanidad Militar deshizo el corro. Un capitán saltó al suelo apenas se hubo detenido el automóvil y les invitó amablemente a subir en el furgón.

- ¿Para qué? - preguntó Pedro Mendizábal. El oficial se lo explicó cortésmente en pocas palabras: Antes de que hablen con nadie han de someterse a la inspección sanitaria. Pudieran haber contraído ustedes alguna enfermedad contagiosa durante su permanencia en Eros.

«Mendi» acogió con una sarta de maldiciones la precaución de la Sanidad. Los tripulantes del giróscopo fueron metidos en el furgón y llevados a un pabellón aislado de los demás, donde fueron examinados a con ciencia por los médicos. Mientras Berta esperaba sentada en un banco el resultado del análisis de su sangre, alguien golpeó con los dedos sobre el cristal que tenía a sus espaldas. Berta se volvió, encontrándose ante el rostro sonriente del mayor Queipo. Si bien el cristal les separaba, pudieron hablar a través de un micrófono.

- ¡Hola, Berta! - saludó el mayor -. ¿Cómo estás, muchacha?

- ¡Hum! Espero no haber contraído el sarampión en Eros. Están analizando mi sangre.

Un hombre de blanco uniforme se asomó por una puerta y anunció…

- Lista, comandante Anglada. Puede usted marcharse.

- ¿No encontró polvo en mi sangre?

- No - negó el médico riendo -. Otra vez será.

Berta traspuso la puerta de cristal y se dejó estrujar la mano por las dos del mayor Queipo. Este la miraba como si jamás la hubiera visto.

- ¡Cada día estás más guapa, Berta! - exclamó admirado. -Siento no poder decir lo mismo de ti.

- Sólo tengo un año y dos meses más desde la última vez que te pedí que te casaras conmigo -refunfuñó el mayor. Esperaba encontrarte más inclinada al matrimonio después de haber pasado un año en Eros. ¿Qué tal estuvo aquello?

- Infernal.

- No te gustaría volver, ¿verdad?

- No puedes hacerme volver allá, Alberto - aseguró la comandante parándose en seco y mirando al mayor a la cara.

- ¡Berta! - exclamó Queipo enrojeciendo.

- Sé perfectamente que fuiste tú quien dispuso las cosas de forma que me destinaran a Eros - añadió la joven sin mostrar enojo ni resentimiento. -Fue mi castigo por negarme a secundar tus deseos, ¿no? Pues bien, ya he pagado mi contribución. ¿Quieres no volver a insinuar tu proposición de matrimonio nunca más?

Alberto Queipo pasó del color rojo al amoratado.

- Berta - murmuró -, si hice que te destinaran a Eros no fue por venganza, sino para ofrecerte una oportunidad para que pudieras reflexionar acerca de mi proposición.

- Y he reflexionado - aseguró Berta con angelical sonrisa -. El resultado de mis profundas meditaciones es éste: no te amo, Alberto. No quiero casarme contigo… y no creo que vuelvas a influir acerca de tu padre para que me destinen a otro remoto lugar.

- ¡No… no! - protestó el mayor -. Te juro que no lo hice por rencor, Berta. Quería ponerte lejos de aquel maldito coronel mejicano que te rondaba y…

- ¿Qué fue del coronel?

- Murió en la pasada guerra… Tal vez hubieras sido tú también uno de los aviadores caídos en combate. Yo sabía que la guerra era inminente y consideré que te hacía un doble favor destinándote a Eros para que no te casaras con el coronel Martínez ni tuvieras que tomar parte en la lucha contra el Imperio Asiático.

- Jamás pensé casarme con el coronel Martínez - aseguró Berta -. Era un buen hombre, pero me llevaba cien años de edad y yo no lo quería. Bien, olvidemos todas esas cosas tan desagradables. Puede que de todas formas me hicieras un favor al alejarme de la guerra. Supe por la radio que toda mi escuadra cayó en el cielo de Austria. Allá en Eros esperábamos ver saltar al planeta Tierra en un millón de pedazos. Las cosas iban francamente mal para los americanos. ¿Cómo pudisteis derrotar al Imperio Asiático?

- Es bastante largo de contar - dijo el mayor llevando a la comandante hasta un pequeño automóvil eléctrico.

- ¿Es cierto que un tal Miguel Ángel Aznar atacó y destruyó la formidable fortaleza subterránea de Tarjas Kan, matando a éste?

- Cierto - aseguró el mayor tomando asiendo ante el volante.

- ¿Quién es ese Miguel Ángel Aznar? ¿Un caballero andante?

- Hay diversidad de opiniones - sonrió el oficial poniendo el automóvil en marcha y llevándolo hacia la salida del aeropuerto

- Lo cierto es que nuestro Gobierno ha votado una Ley especial para nombrarle almirante y que la Policía Sideral ha sido puesta bajo el mando supremo de ese aventurero. No puedes formarte una idea del alboroto que han armado ciertos generales y almirantes raíz de este nombramiento, en especial los almirantes y generales norteamericanos. Estos no podían impedir, como es natural, que los íberos nombráramos almirante a Miguel Ángel Aznar, pero han luchado con uñas y dientes para que no asumiera la jefatura de la Policía Sideral…

- ¿Por qué no me lo cuentas despacio y por orden cronológico?

- preguntó Berta profundamente interesada.

- La cosa empezó dos o tres días antes de que el Imperio Asiático, bajo el mando supremo de Tarjas Kan, rebasara las fronteras polares de los Estados Unidos, invadiendo Asalta y Canadá. El mundo occidental vivía varios días de tensión nerviosa esperando el ataque de la horda amarilla, y la aparición sobre los cielos de Norteamérica de un pequeño planeta causó gran sensación. Pronto se pudo comprobar que el planeta en cuestión no obedecía las leyes de la gravedad, sino que tenía movimientos propios y era dirigido por «alguien».

- Y ese «alguien» resultó ser Miguel Ángel Aznar- concluyó Berta.

- En efecto - prosiguió el mayor -. Aquel pequeño mundo de media milla de diámetro era un planeta artificial, construido por Aznar y sus amigos en cierto planeta llamado Ragol. Es como una esfera de un material que repele la fuerza de atracción de las masas, y alberga en su interior medio centenar de las aeronaves más estupendas que jamás se hayan conocido, además de otros doscientos aparatos menores, llamados zapatillas volantes.

»Los norteamericanos, siempre tan desinteresados, ofrecieron a Miguel Ángel la nacionalidad americana. Pero ¿para qué querían los autoplanetoides ninguna nacionalidad si disponían de un mundo de su exclusiva propiedad, capaz de ir y venir por el Universo a su voluntad?

- ¡No me digas que el autoplaneta ese viaja propulsado por la energía mental de sus tripulantes! - protestó Berta.

- ¡No! -rió el mayor-. Sus motores son atómicos, como los nuestros, solamente que muchísimo más poderosos.

- Bien… bien… - cortó la muchacha, impaciente -. Prosigue con la historia de Aznar. ¿Qué hizo?

- Se negó a poner a su máquina bajo la autoridad del Gobierno norteamericano. Sin embargo, se ofreció a pelear al lado de las Fuerzas Aéreas norteamericanas cuando Tarjas Kan arremetió contra los Estados Unidos. Los aviones del autoplaneta tomaron parte en la batalla aérea de Ontario, y tan ferozmente mordieron en las carnes de la Aviación Imperial, que los asiáticos todavía se resisten a creer que fueron aparatos construidos por el hombre quienes les vapulearon de tan linda manera. Yo asistí personalmente al ataque que posteriormente…

- No te adelantes, Alberto. Todavía estamos en la batalla de Ontario - recordó la joven aviadora.

- ¡Ah. Sí… pues bien! Después de aquello, Aznar pensó que la mejor forma de acabar con la guerra era ir a por Tarjas Kan y liquidarlo. Expuso su plan a los norteamericanos, pero éstos pusieron algunos reparos. Aznar no es hombre a quien le guste esperar. Se vino a Madrid, nos comunicó sus planes y los aceptamos sin reservas. Una noche salimos acompañando al autoplaneta y a los aviones de Aznar,

volamos sobre media Asia, combatiendo contra los aviones amarillos y llegamos sobre Jakutsk… ¡Jamás olvidaré aquella pelea! Ese Miguel Ángel se metió en uno de sus estupendos destructores y bajó a ras del lago, soltando dos de sus torpedos terrestres contra la fortaleza de Tarjas Kan. La ciudad voló hecha pedazos; las aguas del lago anegaron las profundas excavaciones, y allí encontró una muerte miserable el malvado Tarjas Kan. El mayor se interrumpió para respirar. Luego prosiguió: -En cuanto se supo que Tarjas Kan había muerto se sublevaron las antiguas naciones de Europa. Un centenar de aspirantes a la sucesión del trono imperial se dieron a morderse entre sí sin importarles un ardite el hecho de que nosotros estábamos avanzando por Europa en un desfile militar, y los norteamericanos tomaban la iniciativa invadiendo la China. Cuando los amarillos vinieron a darse cuenta, estaban totalmente vencidos. Nosotros, ayudados por Aznar, habíamos dado buena cuenta de la flor y nata de sus Fuerzas Aéreas. Los amarillos se rindieron dos semanas después de nuestro afortunado ataque contra Jakutsk. Inmediatamente empezó a hablarse de la Policía Sideral.

- ¿Que tal es físicamente ese Miguel Aznar? - preguntó Berta Anglada.

- Un buen ejemplar de hombre. Mide casi dos metros de estatura y tiene el clásico tipo de atleta. Es Moreno, de ojos oscuros… Un hombre guapo, si es lo que querías saber.

- ¿Dónde está ahora?

- En una pequeña «villa» que el Gobierno le hay regalado en la Costa Brava. El pobre sufrió un rudo golpe con la muerte de su esposa.

- ¿De modo que era casado? ¿Cuándo se casó? -Hace cuatrocientos veintinueve años, poco más o menos. Su esposa estuvo con él en aquel remoto planeta. Bárbara Watt murió al estrellarse un ascensor contra el suelo. Fue un accidente estúpido… casi sarcástico. Bárbara Watt había corrido con su marido mil peligros, capaces de cortarle la respiración a uno… y murió en plena paz, cuando todo se anunciaba feliz y tranquilo.

- Sí que es sarcasmo - murmuró la joven Y luego de una corta pausa añadió: - Bien, hábleme de la Policía Sideral.

- Es ni más ni menos que una tentativa más para acabar con las guerras. Se trata de formar un ejército internacional que agrupe a todas las fuerzas armadas del mundo, bajo un mando único… el de Miguel Ángel Aznar.

»En esta policía entran por igual fuerzas de la raza amarilla y la negra, de los Estados Europeos, de los Estados Unidos y de la Federación Ibérica. También acaban de aliarse los hombres azules de Venus… ¿Sabías que Venus pudo, al fin, proclamar su independencia?

- Sí. Es una de las noticias llegadas por radio hasta Eros que más me

alegraron. Venus entra por fin en la gran unión universal, pero… ¿y Marte?

- Marte continua siendo la oveja negra de la familia, tal vez porque los hombres grises de allá son la copia más horrible que pueda hacerse de la Humanidad y no puedan llamarse con propiedad familiares nuestros. Es posible colaborar incluso con los amarillos, pero con los hombres grises… con esos creo que perdemos el tiempo.

- Supongo que se les habrán hecho propuestas. ¿Qué han contestado?

- Nada. Ni se han dignado contestar siquiera. Esto, claro está, tiene la mar de preocupados a los países signatarios de la Policía Sideral. No es posible reducir los efectivos bélicos mientras exista una amenaza de agresión por parte de Marte. La Policía Sideral se propone reunir en un solo ejército parte de las unidades de los ejércitos de la Tierra, de Venus y de Marte. Todo el colosal gasto que representa el mantener los formidables ejércitos modernos, se aplicaría a mejorar las condiciones de vida de las naciones que están atrasadas en su desarrollo con respecto a los Estados Unidos y a la Federación Ibérica. Ahora bien, si Marte se mantiene al margen de esta alianza y amenaza nuestra paz, entonces no podemos reducir nuestros efectivos bélicos.

- Sí, lo comprendo. Ni Venus, ni las naciones de la Tierra podemos bajar la guardia mientras ignoremos cuáles son las verdaderas intenciones de los thorbod. Eso significa la obligación de mantener al día nuestros ejércitos, tanto técnica como numéricamente. Lástima. La idea de una Policía Sideral es francamente buena.

- Es una idea tan vieja como la Humanidad. Desde tiempos inmemoriales, el hombre se esfuerza por vivir en paz. Tal vez nunca pusieron todo su empeño en lograrlo, o puede ser que las diferencias políticas y económicas lucieran irrealizable la idea. Ahora es diferente. Ahora el hombre ya no vive esclavizado a la fecundidad de su tierra. Todos los alimentos se producen sintéticamente, y todo el mundo es capaz de poner en pie una industria alimenticia que solucione su problema fundamental. Solamente con que dedicáramos durante cinco años nuestros esfuerzos en ayudar al Asia y al África, estas naciones, libres del agobio de tener que alimentar costosos ejércitos, podrían atender a su propio sustento. La paz sería posible entonces. El hombre siempre es más tolerante cuando tiene el estómago lleno.

- Sí - murmuró Berta - pensativamente -; pero es también al sentir satisfechas sus necesidades fisiológicas cuando el hombre se mete en política y aspira a levantar bien alto el pabellón de sus ideales.

- Desde luego. Pero para mantener encerradas dentro de sus propias fronteras las ideologías de cada pueblo, contaríamos con la Policía Sideral. Cada nación podría gritar cuanto quisiera, pero no se permitiría a nadie que tratara de imponer con el peso de las armas sus

ideales políticos ni religiosos.

- Es un bello sueño - suspiró la muchacha.

- Miguel Ángel Aznar se ha propuesto imponer la paz… aunque tenga que ser él la única Policía Sideral.

- ¿Podría hacerlo?

- Seguramente, si en vez de tener un solo autoplaneta tuviera medio centenar. Claro, que eso sería sacar las cosas fuera de quicio. Una paz impuesta sería una paz inestable, que todos aborreceríamos. Por de pronto, la Tierra y Venus han acogido a la Policía Sideral con auténtico entusiasmo. Miguel Ángel se propone ir personalmente a Marte para conversar con los hombres grises. ¡Es un gran hombre ese Aznar!

- Por una causa así sí si merecería la pena luchar -suspiró la joven.

- Tus deseos se verán cumplidos - dijo Queipo. Y después de una corta pausa añadió He visto tu nombre en la lista de aviadores que pasarán a formar parte del primer tumo de la Policía Sideral.

CAPITULO II

SALIDA PARA MARTE

La comandante Berta Anglada Alarcón dedicó dos días completos a saturarse de vida ciudadana. Después de un año largo de destierro en el asteroide 433, a 218 millones de kilómetros de la Tierra, la joven encontraba un especial placer en la contemplación de aquella hermosa y superpoblada población, enclavada en el corazón de España.

La vida en un pequeño planetillo como Eros, que sólo tenía 15 kilómetros de diámetro y 45 de circunferencia, había sido mucho más desagradable de lo que cierto capitán de aviación expuso a dos generales en el aeropuerto madrileño. Berta había llegado a aborrecer a todos sus compañeros de expedición, quienes a su vez la aborrecían a ella, y acabaron por odiarse los unos a los otros con todas sus fuerzas. La forzada y estrecha convivencia entre un puñado de seres humanos encerrados en una aeronave, en un planetillo que era como un insignificante átomo en el cosmos; La aridez del trabajo que se veían forzados a ejecutar, y su lejanía de centenares de millones de kilómetros de su patria, traía con harta frecuencia el drama a estos exploradores del espacio.

Ni siquiera la radio podía atenuar su espantosa sensación de soledad. Cuando Berta Anglada llegó a Eros para relevar a la expedición científica que llevaba trabajando allí nueve meses, y de la que nada se sabía en cuarenta días, los recién llegados tuvieron ocasión de presenciar un espectáculo macabro.

Los veinte exploradores llegados con anterioridad al asteroide 433

se habían pasado a cuchillo unos a otros, en mitad de lo que debió de ser una horrible orgía de sangre y odio. El último superviviente había dejado escrita una nota relatando de una manera superficial que después de haber intentado aplacar las rencillas entre sus compañeros, estos se habían atacado los unos a los otros, persiguiéndose con saña inhumana hasta darse muerte. El historiador de la tragedia no podía explicarse como gente que habían emprendido el viaje a Eros alegres y optimistas, se había asesinado luego. El mismo había tomado parte en la degollina, y como sabía la pena que le esperaba, optaba por suicidarse.

Berta Anglada hubiera podido escribir un grueso tomo sobre sus singulares experiencias conseguidas en Eros. La tensión había llegado a ser tan grave entre los miembros de la expedición de Berta, que el recuerdo de lo sucedido a la expedición anterior, y no otra cosa, impidió más de tres veces que empuñaran hachas y cuchillos para perseguirse en aquel desierto anonadador de polvo cósmico y rocas grises. Solamente, cuando Pedro Mendizábal captó una radio de la Tierra en el que se les anunciaba el relevo, se levantaron las nubes sombrías cernidas sobre la expedición. Luego, durante el regreso a España, las rencillas habíanse disipado y casi volvieron a ser los buenos camaradas de siempre. Pero Berta Anglada preferiría suicidarse a tener que volver con los mismos camaradas a un planetillo como Eros. Sabía que de volver allá acabaría asesinando a Pedro Mendizábal y a su copiloto, a quienes había cobrado un odio insano.

No es de extrañar, pues, que Berta Anglada se extasiara admirando desde la altura de cualquier torre metálica la bella perspectiva ciudadana, ni que gozara dejándose arrastrar por la muchedumbre que se apelotonaba en las plataformas de los tranvías sin fin o en las entradas del metro. Hubieron de transcurrir dos días antes de que Berta se considerara saciada de color, de movimiento, de vida y de perfumes. Entonces volvió a su diminuto piso, donde vivía en compañía de sus padres y una hermana. Allí estaba esperándole un despacho oficial, en el que se le instaba a presentarse con la mayor brevedad ante su inmediato superior.

Berta contaba con dos meses de licencia, de modo que aquella orden le sorprendió casi tanto como la definitiva constitución de la Policía Sideral.

La Policía Sideral, bajo la jefatura suprema de Miguel Ángel Aznar y la supervisión de un grupo de acreditados generales, estaba ya en marcha. ¿Qué había ocurrido? Berta Anglada se puso en movimiento hacia el aeródromo militar, dándole vueltas en la cabeza a la conversación sostenida con el mayor Alberto Queipo.

Evidentemente, la Policía Sideral no resolvería el palpitante

problema de la carrera de armamentos, el mayor azote de los tiempos modernos, a menos que fuera una fuerte minoría vigilando la conducta de una inmensa mayoría desarmada. No era posible el desarme en estos momentos, cuando todavía pendía sobre la Tierra la amenaza gris. En tal caso, ¿para qué se apresuraba la Unión de Naciones en ratificar el poder conferido a la Policía Sideral? Una fuerza armada, integrada por todos los ejércitos completos de la Tierra y Venus, sería un organismo sin cohesión. A la primera polémica, los aviadores negros, blancos o amarillos tomarían sus aparatos y regresarían a casa para defender las exigencias de los suyos. Sería, indudablemente, una fuerza de peso contra la agresión marciana, pero la paz interior de los planetas continuaría expuesta a las idas y venidas caprichosas de los acontecimientos.

Si ese Miguel Ángel Aznar es el hombre que supongo, no se sentirá a estas horas muy orgulloso de mandar la Policía Sideral - se dijo Berta en el momento que se encaminaba hacia la oficina del general Cervera -.No ha hecho otra cosa que meter a cinco lobos dentro de la misma jaula para que tengan más oportunidades de morderse a placer.

En el antedespacho del general, Berta se encontró de manos a boca con un hombre odioso: Pedro Mendizábal.

- ¡Vaya! - Exclamó la comandante torciendo la boca - Esperaba que nunca jamás nos volveríamos a encontrar.

«Mendi» estaba sentado en un sillón de fibra de cristal con un policía militar a cada lado. Su aspecto era el de un hombre que acaba de salir de una gran borrachera. Ahora, sin embargo, estaba sereno, aunque muy pálido.

- ¡Hola, Berta! - saludó desmayadamente -. ¿También a ti te han arrestado por emborracharte?

La joven hizo un mohín de asco. La puerta del despacho se abrió y por ella asomó un coronel.

- Pueden pasar - dijo haciendo seña a Berta y a Mendi.

Los dos policías ayudaron a Mendi a incorporarse. Este se sacudió de las manos de sus aprehensores y entró con paso vacilante tras la joven. El general Cervera estaba de pie tras la mesa de su despacho y dejó caer sobre «Mendi» una mirada severa.

- Siéntese - dijo Cervera. Y dirigiéndose al coronel ayudante añadió-: Ocúpese de que preparen el avión para salir inmediatamente.

Mendi se pasó su trémula mano por los rubios cabellos. No tenía miedo. El temblor se su mano era efecto de la borrachera.

- De modo - dijo Cervera- que ha estado usted entregado a la bebida durante tres días.

- Sí, mi general - respondió el hombre. -¿A cuánta gente ha hablado del planetillo Eros? -No creo haber tenido muchas ocasiones de hacerlo. Como las ordenanzas prohíben el estado de embriaguez en la

vida pública, me encerré en mi piso con unas cuantas botellas y me dediqué a beber hasta caer sentado.

- ¿No habló con nadie acerca del nuevo mineral que usted descubrió en Eros? - preguntó el general.

- Ni una palabra; de eso puedo estar seguro.

- ¿Por qué?

- Porque bebía para olvidar nuestro largo año de destierro, arañando el polvo del asteroide 433. ¿Cómo quería que le contara a nadie lo que estaba empeñado en olvidar?

- No es una razón muy convincente - gruñó Cervera- En fin, esperemos que sea como usted supone que ha sido.

Zumbó el televisor. Cervera bajó una palanquita y en la pantalla apareció el rostro del coronel ayudante.

- El avión espera, mi general - anunció. -Allá vamos - dijo Cervera, poniéndose en pie y haciendo seña a Berta y a Pedro para que le siguieran.

Estos cruzaron una mirada de perplejidad, pero no osaron preguntar al general a dónde iban. Enfrente del pabellón esperaba uno de los mayores giróscopos de la aviación de la Federación Ibérica, que se remontó en el espacio en cuanto hubieron subido el general Cervera, Berta y Pedro. Cervera llevó a los dos sorprendidos subalternos hasta el salón y les hizo sentar en un cómodo diván.

- Mendizábal - dijo el general ¿Qué utilidad pensó usted que podría tener ese mineral que descubrió en el asteroide 433?

- Muy poca… o ninguna - aseguró el hombre -. No pude analizarlo a fondo en Eros por la falta de aparatos adecuados. Espero que sea muy tenaz y bastante difícil de fundir, pero es horriblemente pesado. No aprovecharía para construir aviones ni siquiera aunque resistiera por cuatro segundos los Rayos Z. El costo de extracción, de transporte hasta la Tierra y de separación de las impurezas en que va mezclado lo harían tan caro como antaño lo fue el oro.

- Construiríamos aviones de oro, si el oro fuese capaz de resistir los Rayos Z - aseguró el general.

- Desde luego, pero no espere que se construyan aviones con el material que descubrí en Eros. Su peso específico es enorme. Un aparato aéreo fabricado con ese material no podría elevarse. Todo lo más que podemos esperar de él es que sirva para levantar corazas terrestres más resistentes que las actuales.

- ¿Y no se le ha ocurrido que ese material pueda tener otras propiedades?

- Confieso que no le di demasiada importancia. Desde luego, carece por completo de ninguna propiedad radiactiva. No obstante, lo analizaré con más cuidado…

- Ya lo han analizado - dijo el general.

- ¿De veras? ¿Quién lo hizo? - pregunto Mendi con curiosidad. -El profesor Erich Von Eiken.

- ¿Von Eiken? No le conozco, ni le oí nombrar nunca.

- Porque ha estado usted ausente de la Tierra durante más de un año. De lo contrario sabría que el profesor Erich Von Eiken es uno de los dos hombres de ciencia que acompañaban a Miguel Ángel Aznar cuando éste llegó aquí procedente de un planeta inmensamente lejano. Podrá conocerle dentro de un momento, porque vamos a verle. El profesor quiere hablar con usted, como especialista en cuestiones de mineralogía, y a la comandante Anglada, como jefe de la expedición que fue al asteroide 433, para preguntarles acerca de las posibilidades de explotación de los yacimientos del mineral que trajeron de Eros.

- ¡Explorar esos yacimientos! - exclamó Mendi en el colmo del asombro -. ¿Para qué?

- Para construir con ese mineral aeronaves del tipo de los destructores del Rayo. Lo que usted encontró en Eros es quizás el mineral más raro de cuantos se conocen. De hecho no existe en nuestra galaxia. El profesor Von Eiken es de la opinión que Eros no formó nunca parte del cortejo de planetas, planetillos y aerolitos que se supone se originaron a partir de una masa fluida común. Es posible que Eros proceda de otra lejana galaxia, habiendo llegado a la nuestra por azar y quedando preso de la fuerza de atracción de nuestro Sol. Eros, según todas las apariencias, es un intruso extragaláctico. Su peso específico, libre de impurezas, debe aproximarse a los cuarenta mil kilogramos por decímetro cúbico. Es decir, un remache hecho de este mineral pesaría tanto que ni usted ni yo podríamos levantarlo del suelo.

- Si, es así - preguntó Berta -, ¿qué utilidad puede entonces tener para nosotros? Una aeronave construida de este material no podría despegar. Su enorme peso la hundiría en el suelo.

- No, y esa es la propiedad más notable de nuestro nuevo mineral - negó el general -. Cuando una corriente eléctrica pasa a través de él, sus átomos cambian de signo y en estas condiciones realiza el fenómeno de repeler a la fuerza de atracción de la Tierra. Es decir, no sólo se convierte en un cuerpo ligero, sino que rechaza toda proximidad a la Tierra, tendiendo a alejarse de ella.

- Eso no es nuevo - argumentó Mendizábal -. Hace tiempo que somos capaces de levitar grandes pesos creando campos de fuerza magnéticos.

- ¡Pero esto es algo totalmente distinto! - exclamó el general muy excitado -. Para obtener un campo de fuerza nos hemos visto obligados a construir aeronaves muy ligeras. Hemos tenido que recurrir a metales a la vez resistentes y livianos, y a reducir el tamaño de nuestras pilas atómicas, haciéndolas cada vez más pequeñas y

potentes, hasta alcanzar un punto de equilibrio, más allá del cual no podemos pasar con los elementos y conocimientos que poseemos en la actualidad. Si queremos construir una aeronave grande tenemos que dotarla de un reactor atómico mayor, y en consecuencia más pesado. Es decir, con nuestra técnica actual nunca podríamos construir una cosmonave como el Rayo.

»En cambio no existen limitaciones en cuanto a tamaño y peso con el nuevo metal que ustedes descubrieron en Eros Todo lo contrario, cuanto mayor es su masa, con más energía repele a la fuerza de atracción de la Tierra. En teoría, salvados los inconvenientes técnicos, podría construirse una cosmonave tan grande como la Luna, y ésta no sólo no caería sobre la Tierra, sino que se alejaría de ella repeliéndola en función de su propia masa, de la potencia de la corriente eléctrica y la distancia. ¡No existen limitaciones para construir una cosmonave con ese extraordinario metal! Aunque sorprendido, todavía argumentó Mendizábal:

- ¿Seria esa su única utilidad, la de construir cosmonaves gigantescas?

- Solamente le he hablado de la propiedad más curiosa de ese mineral. Pero tiene otras. Por ejemplo, la enorme fuerza de cohesión de sus átomos le hace invulnerable a los Rayos Z. Como usted sabe, el rayo Z es un chorro de electrones dotados de alta velocidad, los cuales golpean en el metal de una aeronave sometiéndolo a una vibración de alta frecuencia, que acaba por romper la cohesión de los átomos del acero y dispersarlos en una explosión. Esto no puede ocurrir con ese metal llamado dedona. Es el cuerpo más duro conocido hasta hoy, y resiste temperaturas tan elevadas que no se puede fundir en hornos ni por medios convencionales.

- Entonces, -¿cómo fundirlos? ¿Y cómo manejarlo? Sería necesaria una grúa de mil toneladas para mover una sola plancha de ese metal.

- No tenemos que preocupamos por eso. La técnica, aunque complicada, fue resuelta satisfactoriamente por el profesor Von Eiken. Miguel Ángel y sus amigos construyeron esa maravilla de la técnica que conocemos por el Rayo, y ahí está su autoplaneta para demostrarnos que es posible construir una esfera de cuatrocientos metros de diámetro con un caparazón que tiene ¡seis metros de espesor hecho enteramente de dedona!

- ¡Cielos! - exclamo «Mendi» con los ojos muy abiertos.

Una sonrisa de íntima satisfacción retozaba por la comisura de la boca del general Cervera. Este se apresuró a poner en conocimiento de Berta y de Pedro lo que esperaba de ellos.

- Comprendo que va a ser muy duro para ustedes regresar a Eros cuando acaban de llegar de él. Sin embargo, les pido por favor que se resignen a vivir en él uno o dos meses más, hasta que esté en marcha

la explotación de los yacimientos.

- ¡Volver! - exclamó Berta Anglada, palideciendo -. ¿Tenemos que volver a aquel infierno?

- ¡No! - gimió Mendi. ¡Pídanos cualquier cosa menos eso! Cervera explicó la necesidad ineludible de que fuera así: -Ayer, en cuanto el profesor Von Eiken nos hizo saber el asombroso resultado de su análisis, nos apresuramos a mandar a Eros una fuerza de doscientos cruceros interestelares para que lo ocuparan militarmente. El asteroide 433 estará tan superhabitado como Madrid a partir de ahora. Vamos a levantar allí una factoría aislada del vacío por una gran campana de vidrio. No es probable que se sientan solos, aburridos y desamparados como antes.

- Aunque se construya toda una urbe en Eros, ese planetillo será siempre un infierno - aseguró Pedro Mendizábal.

- Piensen que de Eros va a salir la fuerza que hará estable y permanente la paz del Universo. No digo que la consecución de esa paz dependa exclusivamente de ustedes. Otros pueden sustituirles, claro está, pero lo que se pide ahora de ustedes no es mucho comparado con los beneficios que reportarán a la Humanidad. Dentro de dos años, tal vez antes, dispondremos de una Policía Sideral que será a la vez la potencia más pequeña y más fuerte del Universo. El día que tengamos mil cruceros del nuevo tipo, podremos reímos de Marte y de sus malditos hombres grises. Toda la aviación del mundo habrá quedado tan considerablemente atrasada con respecto a los aparatos de la Policía Sideral, que nada se perderá con que los echemos a la chatarra. La Policía Sideral podrá entonces desempeñar el cometido para el que fue creada. Procederá al desarme universal y será bastante poderosa para rechazar todo ataque que proceda de Marte o de cualquier otra potencia.

- ¿Será, realmente, tan fuerte esa Policía Sideral -preguntó Berta Anglada.

- Será invencible, como lo son ahora el autoplaneta y los aviones de Miguel Ángel Aznar. Es por eso por lo que anoche mismo aprobamos definitivamente la creación de la Policía Sideral. Todavía no disponemos del millar de nuevos cruceros que nos hacen falta, pero los tendremos dentro de poco.

Berta y Pedro cruzaron una mirada de angustia. -Bien - suspiró el especialista en minerales -. ¡Si no hay más remedio que volver a Eros…!

- ¿Pero vamos ahora hacia allá? - interrogó Berta sorprendida.

- ¡Oh, no! - rió el general -. Ahora vamos a visitar el autoplaneta Rayo, de Miguel Ángel. Este autoplaneta es la piedra fundamental de la nueva Policía del Espacio. Mister Aznar saldrá dentro de unas horas rumbo a Marte para parlamentar con los hombres grises. Ustedes

marcharán con él. De regreso de Marte, el autoplaneta se detendrá en el asteroide 433 y les desembarcará a ustedes y al profesor Von Eiken, que va a ayudarles en los preliminares de la extracción del nuevo mineral. Es posible, incluso, que el Rayo se quede allá, según sea el resultado de su embajada a Marte.

- ¿Cree usted, general, que los hombres grises accederán a entrar en el bloque de naciones y planetas? - preguntó Berta.

- Poco importa lo que yo crea, hija mía. El almirante Aznar se propone recurrir incluso a la amenaza para intimidar a los marcianos y conseguir de ellos una actitud más razonable. Esperemos que tenga éxito.

Elevándose sobre una columna de gases, el giroscopio acercaba al autoplaneta Rayo, suspendido e inmóvil sobre Madrid a dos mil millas de altura. Con relación a la Tierra y al propio giroscopio, el autoplaneta aparecía ligeramente inclinado.

Visto de lejos, con el anillo que le rodeaba por la línea del ecuador, presentaba un gran parecido con Saturno.

Tal como lo veía Berta Anglada, el autoplaneta era una gran esfera de color amarillo brillante. Esta esfera de 400 metros de diámetro se veía salpicada a distancias regulares de pequeñas protuberancias, en las que, heridas por el Sol, relampagueaban las lentes de aumento de centenares de proyectores de Rayos Z.

El anillo que envolvía a esta enorme esfera formaba un alero de 100 metros de ancho, midiendo 20 de espesor, incluido el anillo ecuatorial, la envergadura del Rayo era de seiscientos metros.

Arriba, en la parte más alta de la cúpula, sobresalía otra cúpula de cristal. Sobre esta «pequeña» cúpula de cuarenta metros de diámetro se elevaba una torre metálica que sostenía cuatro enormes antenas en forma de plato, con una antena de televisión sobresaliendo en el extremo de la torre.

Por debajo, en el polo opuesto, se veía otra cúpula de cristal con otra antena de características similares a la del polo superior.

Inmóvil en el espacio, aquella enorme mole ofrecía una impresión de gran majestad y poderío.

- ¡Es maravilloso! -exclamó Berta.

- Pues espere a verle por dentro - dijo el general.

El giróscopo se acercó lentamente a la esfera, con lo que las proporciones de ésta parecieron agigantarse todavía más.

Elevándose por encima del anillo que rodeaba al autoplaneta, el giróscopo se inmovilizó unos instantes mientras el piloto solicitaba permiso para aterrizar.

Este gran anillo estaba señalizado por una serie de sectores. El giróscopo de las Fuerzas Aéreas de la Federación Ibérica fue a posarse, previo diálogo por radio, en uno de estos sectores numerados. A partir

de este instante los tripulantes del giróscopo volvieron a sentir los efectos de la fuerza de gravedad.

El ayudante del general Cervera entró en el salón para dar cuenta de un pequeño inconveniente:

Nuestro giróscopo tiene demasiada envergadura para el tamaño de las esclusas de recepción del autoplaneta. Nos informan que deberemos desembarcar sobre la plataforma, donde vendrá a recogernos un automóvil.

Con trajes de cosmonauta, escafandras y botellas de oxígeno, el general Cervera, su ayudante, Berta Anglada y Pedro Mendizábal abandonaron el giróscopo por la escotilla de escape y posaron sus plantas sobre la plataforma de vuelos.

Una extraña sensación se apoderó de Berta en este preciso instante. El suelo, firme bajo sus pies, era metálico, con pequeños rombos en relieve para facilitar una buena adherencia. La plataforma se extendía cincuenta metros por detrás y por delante de la cosmonauta. Más allá del borde de la plataforma podía verse, allá abajo, la Península Ibérica, extendida como una piel de toro, rodeada del azul Mediterráneo por un lado, y el Atlántico por los otros lados.

Por encima de Berta el cielo era totalmente negro, brillando en él a la vez el Sol, la Luna y las estrellas.

Por detrás de Berta, en el muro del sólido caparazón de color amarillo, acababa de abrirse una compuerta, y un automóvil descubierto vino hacia el grupo que acababa de desembarcar del giróscopo.

El conductor del automóvil era un hombre-robot, un extraño artefacto donde los ojos eran dos lentes a modo de teleobjetivos de una doble cámara de televisión, y la boca una rejilla metálica que ocultaba un altavoz. Los oídos eran igualmente dos rejillas metálicas protectoras de sendos micrófonos, y dos brillantes varillas de acero salían de cada lado del cráneo a modo de antenas.

Los cuatro españoles subieron al automóvil eléctrico, el cual se puso en marcha hacia la compuerta por la cual había salido.

El automóvil, con su conductor robot al volante, entró en un largo tubo de ochenta metros, cerrado al fondo por otra puerta. La puerta exterior se cerró a espaldas de los visitantes. Una tenue luz roja llenaba el interior del tubo mientras éste era recorrido por el automóvil. La puerta del fondo se abrió y el automóvil entró en el autoplaneta.

Una brillante luz amarilla envolvió al grupo como un rayo de sol. Berta miró en torno lanzando una exclamación de sorpresa.

Habíase imaginado la cosmonauta el autoplaneta de forma distinta, aunque sin concretar en el detalle. Tal vez esperaba encontrarse ante una serie de pisos superpuestos, a modo de grandes hangares con

sólidas vigas de hierro en los techos, y un bosque de columnas para sostenerlos… algo parecido a un antiguo portaaviones, con compartimentos estancos y un laberinto de angostas puertas y empinadas escalerillas comunicando unas cubiertas con otras.

La realidad le mostró algo totalmente distinto. La mitad superior de la esfera, a partir del anillo medio, formaba una sola cúpula que se levantaba sin obstáculos a doscientos metros de altura por encima de la cabeza de Berta.

Cuatro bellos edificios de cristal y mármol, de 60 pisos cada uno, se levantaban simétricamente distribuidos en el centro de esta ciudad-concha, atravesando una lámina de cristal transparente que formaba a modo de una terraza suspendida a ciento cincuenta metros de altura.

Desde las paredes de la cúpula a los rascacielos quedaba un espacio libre de cien metros, donde se alineaban cierto número de pequeñas aeronaves en forma de motobotes, de estilizado perfil y proa afilada. Eran las famosas zapatillas volantes, aparatos de caza de los que ya había oído hablar Berta Anglada.

Otros aparatos más grandes, en forma de submarino, reunían en torno cierto número de hombres que trabajaban en la carga de proyectiles cohete.

Entre los cuatro esbeltos rascacielos quedaba una plaza de cien metros de lado, o sea, con una superficie de 10.000 metros cuadrados, a los que había que añadir los espacios libres entre los rascacielos, que eran del orden de 80 metros entre paredes. Del centro geométrico de esta plaza, cuyo piso era de mármol pulido, se elevaba como una lanza un ascensor hasta el punto más alto de la monumental cúpula.

Por entre los esbeltos destructores que formaban la dotación del autoplaneta circulaban varios automóviles. Sobre uno de estos coches llegó para recibir al general Cervera el almirante Miguel Ángel Aznar. Berta Anglada fijó entonces toda su atención en este hombre del que tanto había oído hablar.

CAPITULO III

EMBAJADA DE PAZ

Miguel Ángel Aznar vestía una especie de malla metálica ceñida a las muñecas y a los tobillos por unos pasadores dorados. La malla estaba formada de diminutas escamas y era totalmente negra. Sobre los anchos hombros llevaba las charreteras de acero con los distintivos de Almirante, y en el pecho un círculo rojo con una flecha y un rayo cruzado.

Berta echaba de ver este mismo distintivo en el casco de los aparatos aéreos y supuso, con razón, que era el emblema particular de

los dueños del autoplaneta Rayo. La muchacha quedó maravillada desde el primer momento de la sencillez y seguridad que emanaba de este hombre extraordinario, solamente un año antes desconocido en el mundo y ahora el personaje más popular del Universo.

Aparte de la sencillez y la seguridad había otras cosas emanantes de Aznar: fuerza, agilidad, inteligencia y honradez. No era, desde luego, el personaje ensoberbecido y altanero que Berta Anglada había imaginado.

Junto a Miguel Ángel Aznar, Berta Anglada se sintió por primera vez mujer. La era actual, al dar a la mujer los mismos conocimientos que al hombre, había extirpado buena parte de los sentimientos femeninos que antiguamente tanto gustaban al hombre. La mujer de hoy no consideraba al sexo masculino más inteligente ni más fuerte que ella misma. En cultura general, en conocimientos técnicos, en política y en arte, la mujer moderna no solamente había igualado al hombre, sino que le había rebasado en ciertos aspectos.

Berta, como la inmensa mayoría de las mujeres de su generación, consideraba a los hombres puramente como individuos que por una necesidad fisiológica y espiritual eran imprescindibles en la vida para que ésta no resultara totalmente aburrida y desprovista de ilusiones. El amor era quizá lo único que no había cambiado ni cambiaría. La ciencia había escudriñado el cielo y resuelto los más complicados problemas, pero era todavía un misterio la fuerza que impulsaba a un hombre y a una mujer a quererse y a desear estar juntos por toda una vida, encontrando extraordinario lo que en otros hombres era corriente y en otras mujeres común.

Esta vez, ante Miguel Ángel Aznar, la joven comandante sintió por primera vez en su vida, latir su corazón desacompasadamente a causa de una emoción desconocida.

Miguel Ángel, sin embargo, se limitó a estrechar su mano y a murmurar un ¿cómo está usted?, cuando el general Cervera le presentó. Berta sintiose ligeramente ofendida porque el almirante ni le miró a los ojos. Se lo perdonó poco después, al comprender que el almirante andaba bastante preocupado por culpa de los marcianos.

- Haré cuanto esté de mi mano para hacerles comprender que la felicidad del mundo depende del comportamiento futuro de Marte. Sin embargo, me asombraría que los hombres grises comprendieran los conceptos felicidad y comportamiento. Ellos no son como nosotros en ningún sentido. Aunque no tienen corazón, ni pulmones, ni sangre roja como nosotros, serían capaces de entendemos si su cerebro razonara como el humano. Sin embargo, no sucede así. Habrá que reconocer que el corazón es algo entrañablemente unido a los sentimientos humanitarios, y que la falta de esa víscera en un organismo implica también la total carencia de piedad y amor.

- El caso de los hombres grises es quizás único en la creación- aseguró el general Cervera- Son mucho más distintos de nosotros que cualquier ave o reptil. En todos los seres vivos que nos rodean hayamos algún parecido con el hombre creado por Dios, pero no ocurre lo mismo con los hombres grises. Ni respiran, ni piensan, ni viven como nosotros. ¿De dónde proceden? ¿Para qué están aquí? ¿Tendremos que destruirles o serán ellos los predestinados a acabar con la humanidad?

- Tal vez debiéramos considerarlos como simples bestias y exterminarlos como hace siglos exterminamos a las insectos dañinos de la Tierra - murmuró Mendi.

- Lo haríamos, si pudiéramos, después de estar seguros de que son bestias y no hombres con derecho a la vida - suspiró Cervera. Y después de una breve pausa, añadió - ¿Pero cómo saber si son seres humanos o no? La ciencia puede penetrar a través de sus cuerpos, pero es imposible extraer uno por uno sus pensamientos y examinarlos bajo el microscopio.

- Sean hombres o bestias tendrán que dialogar -dijo Miguel Ángel con el ceño fruncido-. No podemos vivir eternamente pendientes de lo que ellos hagan o vayan a hacer. Si alguna vez estuvo la humanidad cerca del Paraíso es ahora. Hay que terminar de una vez con las guerras… o las guerras acabarán con nosotros.

Fueron en grupo hasta uno de los rascacielos. Allí, cómodamente sentados en los sillones de fibra de cristal discutieron durante una hora los pormenores de la embajada. El general Cervera se despidió de todos para regresar a Madrid en el mismo giróscopo que le había traído y recomendó al almirante:

- Sea todo lo paciente que pueda con los hombres grises, y si la embajada ha de fracasar, procure asegurarse de que los marcianos no van a emprender la guerra antes de que tengamos en línea las nuevas aeronaves.

- Pienso ser franco con ellos -respondió el almirante-No soy hombre que guste de promesas, dilaciones y mentiras. Esto equivale a decir que no me considero el embajador más apropiado para…

- No hablemos de eso -cortó Cervera levantando una mano y echándose a reír-. Ha sido designado embajador y debe de ir a Marte. Espero que todo salga bien. Adiós.

Cervera volvió a su giróscopo. El almirante y cuatro de sus amigos: George Paiton, Richard Balmer, Thomas Dyer y el profesor Stefansson, con Berta Anglada y Pedro Mendizábal, acompañaron al general español hasta la esquina de uno de los rascacielos y luego volvieron sobre sus pasos para tomar el ascensor que bajaba desde lo alto de la cúpula del autoplaneta, se detenía en mitad de la enorme plaza y se hundía hacia los pisos inferiores.

George Paiton era un muchacho de mediana estatura, esbelto, de tez sonrosada y ojos verdes. Richard Balmer era un hombre de unos treinta años, alto, fornido, rubio y con nariz aplastada como la de un boxeador: Thomas Dyer era lo más parecido a un gorila. Bajo, ancho de hombros, corto de piernas y brazos desmesuradamente largos. Estos tres vestían como Miguel Ángel, un traje de una sola pieza, hecho de diminutas escamas metálicas color gris perla.

En cuanto al profesor Stefansson merecía mención aparte. Era menudo, delgado, nervioso. Tenía una frente despejada que iba a unirse a su reluciente calva, la nariz aguileña, las facciones angulosas como las de una momia y los ojos pequeños, claros y centelleantes tras los gruesos cristales de sus gafas de miope.

Contrariamente a sus compañeros, el profesor Louis Frederick Stefansson vestía uno de aquellos arcaicos trajes del siglo XX, del que no había querido desprenderse pese a su ostensible anacronismo con la época actual. Los bolsillos de la raída chaqueta negra del profesor amenazaban estallar de un momento a otro, abultados como iban por un exceso de carga compuesta por los objetos más heterogéneos, inverosímiles y, a la vez, inútiles en su mayor parte.

Como de costumbre, la pelambrera canosa del profesor reclamaba a gritos la intervención de las tijeras del peluquero. Pero si el profesor se hubiera desprendido de los rizos enmarañados que rodeaban su reluciente calva, habría perdido su personalidad.

Otro tanto ocurriría si se mandara hacer un traje nuevo. Aparte de que hacía siglos que no fabricaban tejidos de lana, y aparte de que la moda había evolucionado lo suyo, mister Louis Frederick Stefansson, un revolucionario impenitente en cuestiones científicas, era un retrógrado en cuanto a la forma de vestir.

Con estos simpáticos personajes del siglo XX, Berta Anglada y Pedro Mendizábal volvieron al centro de la inmensa plaza, entraron en un rápido y capaz ascensor y en un abrir y cerrar de ojos se encontraron en la sala de control del autoplaneta. Allí fueron presentados al profesor Erich Von Eiken, un hombre relativamente joven, alto y erguido, que inmediatamente empezó a hacer preguntas a Pedro Mendizábal.

Aunque el autoplaneta Rayo hubiera podido perfectamente cubrir en unas pocas horas la distancia de 80 millones de kilómetros, empleó en la travesía 27 días. Miguel Ángel Aznar, a quien repugnaba ostensiblemente su misión de embajador, no tenía prisa en llegar. Aparte de esto, el crucero del Rayo no era solamente en misión de embajada, sino también de instrucción.

A bordo del autoplaneta venían 50 comandantes de navío de cada una de las seis potencias signatarias de la Policía Sideral: Federación Ibérica, Estados Unidos de América, Imperio Asiático, Unión Africana

y Estados Unidos de Europa por parte de la Tierra, y el Bloque Azul por parte del planeta Venus. Cada representación venia encabezada por un general, y tanto los generales como los 300 comandantes de navío recibían instrucción de Miguel Ángel Aznar y de los hombres de raza azul que constituían la primitiva tripulación del autoplaneta.

Berta Anglada, como futuro comandante de uno de aquellos cruceros que todavía estaban por fabricar, asistió a todas las clases y efectuó algunos vuelos con los destructores del Rayo.

A medida que transcurrían los días, y según se aproximaban a Marte, Berta notaba crecientemente nervioso e irritable a Miguel Ángel Aznar. Este exteriorizó su preocupación cierta noche diciendo:

- Dentro de un par de años la Policía Sideral estará en condiciones de rechazar cualquier agresión marciana. Es lo que pueda ocurrir en el plazo de estos dos años lo que me intranquiliza. Si los hombres grises se enteran de que estamos preparándonos para obligarles al desarme no esperarán a que tengamos en línea nuestras fuerzas. Se lanzarán al ataque y nos veremos envueltos en una guerra, cuyo alcance nadie podría predecir.

- ¿Cree usted que los marcianos nos derrotarían? -preguntó Berta.

- Aunque fueran ellos los vencidos, ¿qué? Antes que poderles expulsar de nuestro sistema planetario tendríamos a Venus y a la Tierra parcialmente destruidos. No me preocupa solamente el resultado de una nueva guerra, sino la guerra en sí con su hecatombe de vidas humanas.

- Podemos aniquilar a Marte sin perder una sola vida -recordó Berta Anglada -. Tenemos la bomba que podría iniciar una reacción en cadena del agua y la atmósfera de Marte. La destrucción sería tan completa que Marte quedaría en el mismo estado que nuestro satélite la Luna.

- Si -murmuró el almirante -. Podríamos hacerlo, pero la cuestión es ésta: ¿debemos hacerlo? ¿Qué derecho nos asiste?

- El de quitar de en medio a quienes pretenden destruirnos.

- ¿Y quienes somos nosotros para arrogamos atribuciones que sólo competen a Dios? Humanos o no, los hombres grises son criaturas de inteligencia… Antes de llegar a un final tan espantoso hemos de apurar todos nuestros recursos… Incluso toda nuestra paciencia.

Berta Anglada no osó responder, pero conservó de esta conversación un recuerdo desagradable. La admiración que sentía hacia el almirante se desmoronó en parte. Ella creía que Miguel Ángel era un hombre duro, enérgico, dominante, autoritario e inexorable para con sus enemigos. Después de haberle oído expresarse de forma tan desconcertante, Berta Anglada sintiose defraudada.

- Es un blandengue -se dijo despechada.

Y pronosticó para la embajada del almirante de la Policía Sideral el

más ruidoso de los fracasos. Para ella, la solución del problema que llevaba a Miguel Ángel a Marte era fácil. Si ella contara con el apoyo oficial del mundo como el almirante, llamaría a su presencia al caudillo de los hombres grises y le diría: «Esto es la cuestión. O dejáis de hacer el tonto y consentís en el desarme o aniquilaremos vuestro planeta».

Los hombres grises, a juicio de Berta Anglada, no tendrían más remedio que acceder y aceptar las condiciones que ella les dictara.

Por espacio de varios días, Berta rehuyó el encuentro con el almirante. Pero el día que el autoplaneta se detuvo a 20.000 millas de Marte, Berta sintió la picazón de la curiosidad y bajó a la sala de control, donde sólo era permitida la entrada a los generales de las seis potencias signatarias de la Policía Sideral.

- ¡Caramba! -exclamó George al verla-. Creímos haberla ofendido en algo. El almirante se proponía pedirle una explicación por su alejamiento de estos días.

Berta se sonrojó y miró a Ángel con el rabillo del ojo. El almirante estaba ante la pantalla de un radiovisor. En esta pantalla podía verse la horrible cara de un hombre gris.

Berta no los había visto nunca personalmente, aunque los conociera por fotografía y película. Casi todas las películas de la Tierra versaban sobre aventuras con intervención de los inhumanos hombres grises.

Un hombre gris era la cosa más parecida a un hombre terrestre, al menos en lo que se refería al cuerpo. Los hombres grises tenían solamente dos piernas y dos brazos. Los brazos eran bastante largos y las piernas robustas, con sólo cuatro dedos en cada miembro. La estatura mínima en ellos era de 2 metros, y la máxima de 2,50 metros. La cabeza de estas extrañas criaturas era dos veces mayor que la de un hombre. Tenía cierto parecido con un huevo prolongado hacia atrás formando una frente abombada, bajo la que miraban, fríos y enormes un par de ojos de pupila hendida verticalmente. Tenían una trompetilla movible en lugar de nariz, y la boca carnosa, sin forma y armada de una doble hilera de afilados y pequeños colmillos. Prácticamente carecían de mandíbula inferior, y las orejas eran alargadas y rematadas en punta. La única muestra de vello estaba en sus cejas, inclinadas en un ángulo de 45 grados. El resto del cráneo, de la cara y del cuerpo, estaba desprovisto de pelo y tenía una coloración gris ceniza.

Fisiológicamente, un hombre gris era lo más original que pudiera imaginarse. Estos «hombres» carecían de pulmones y de corazón. Su sangre era incolora y fría. Su aparato digestivo simplificado y rudimentario. Respiraban por los poros. Su esqueleto era sencillo y robusto, de huesos grandes y estriados.

Con una de estas horribles criaturas estaba conferenciando el

almirante Miguel Ángel Aznar en el momento de aparecer Berta Anglada en la sala de control.

Berta, como todos los habitantes de la Tierra, sabía bastante del idioma gutural de los hombres grises para poder sostener una conversación con ellos. Así, no encontró dificultad alguna en entender cuanto hablaban Miguel Ángel Aznar y el hombre gris de Marte, encuadrado en la pantalla de radiovisor.

- Dile a vuestro Gran Jed que aceptaré para la entrevista cualquier lugar que él designe, siempre que reúna para mí las mismas condiciones de seguridad que para él -estaba diciendo el almirante.

- Para ser tú el visitante exiges demasiadas garantías, extranjero -repuso el hombre gris de la pantalla-. No creo que el Gran Jed consienta en salir de su fortaleza para entrevistarse contigo, a menos que la conferencia sea de gran interés para nuestro jefe:

- Es de vital interés -aseguró Miguel Ángel con firmeza-. Díselo así, y dile también que es el almirante Aznar quien desea hablarle.

- Está bien -repuso el hombre gris con un gruñido -. Esperad ahí sin avanzar una milla más. De lo contrario dispararemos contra vosotros.

La pantalla quedó a oscuras y allí mismo dio comienzo una impaciente espera de media hora, al cabo de la cual volvió a sonar el zumbador y a aparecer el hombre gris en la pantalla.

- ¡Atención, almirante Aznar! -llamó su voz gutural. ¡Al habla el almirante Aznar! - repuso Miguel Ángel dando vuelta a un botón para que el marciano pudiera ver su imagen.

El Gran Jed Hotep accede a la entrevista. Esta tendrá lugar dentro de seis horas marcianas en el satélite Deimos. Deberás acercarte con un solo aparato dejando - su autoplaneta y al resto de tu flota a doscientas millas de Deimos. Tomarás tierra en el Cráter Mayor y te acercarás a pie, con tu séquito de doce hombres, a la fortaleza Odes.

- ¡No acepte! -Protestó Berta asiendo a Ángel por un brazo - Los marcianos han hecho de sus satélites Phobos y Deimos dos formidables fortalezas. Estará allí tan desamparado como si bajara solo hasta el propio planeta Marte.

- No importa -aseguró Ángel sonriendo. Y volviéndose hacia el hombre de la pantalla añadió -: Estaré en el Gran Cráter de Deimos dentro de seis horas marcianas a contar desde este momento. Transmite mis saludos al Gran Jed Hotep.

- ¡Majadero! -refunfuñó Berta para sus adentros -. ¡Además de blandengue, imprudente!

CAPITULO IV

FRACASA LA EMBAJADA

Los dos satélites de Marte son una verdadera rareza en el sistema planetario, tanto por su pequeñez como por la corta distancia que les separa del planeta. Sus nombres son Phobos y Deimos.

Phobos es un globo le unos diez kilómetros de diámetro solamente, un mundo al que un automóvil podría dar la vuelta fácilmente en menos de quince minutos.

Puesto a la corta distancia de 5.800 kilómetros de la superficie de Marte produce, visto desde éste, el efecto de un bólido que en su veloz carrera por el cielo cruzara el meridiano cada 11 horas y 7 minutos. Desde Marte se veía como ven los terrestres a su satélite Luna, pero con un brillo inferior. Dada la corta distancia del satélite y al hecho de que su plano de evolución coincida aproximadamente con el ecuatorial, Phobos no resulta visible para todas las regiones de Marte, sino tan sólo para una vasta zona central. A mayor distancia de los 68 grados queda oculto por la curvatura del planeta, como lo quedaría también la cima de una montaña aunque tuviera 5.800 kilómetros de altura.

Phobos es el único satélite cuya revolución en torno al primario es más rápida que el movimiento giratorio de éste en torno a su eje. Marte invertía en dar una vuelta completa 24 horas, 37 minutos y 23 segundos. Por lo tanto, Phobos corría hacia el este de Marte mucho más aprisa que un punto cualquiera situado en la superficie del planeta

[1], lo que daba lugar a que Phobos naciera por Poniente y se ocultara por Oriente

El otro satélite de Marte, Deimos, tiene aproximadamente las mismas dimensiones que el anterior y dista de Marte 19.500 kilómetros. Su período de revolución sideral es de 30 horas y 18 minutos. Por lo tanto, obra según el satélite de la Tierra, saliendo por Levante y poniéndose por Poniente.

Las marcianos habíanse aprovechado de las magníficas condiciones de estos pequeños satélites edificando sobre ellos poderosas fortalezas que venían a ser como una avanzada de las defensas de Marte, del mismo modo que la Luna era una base destacada de la Tierra. Con la diferencia de que la Luna gravitaba a excesiva distancia de su primario, mientras que Phobos y Deimos estaban relativamente cerca de Marte.

Hacia el más alejado y lento de estos curiosos satélites, Deimos, partió el autoplaneta pese a los acres comentarios de Berta Anglada y

el recelo de los seis generales que formaban el consejo de la Policía Sideral.

- Es una temeridad aterrizar con un solo aparato en Deimos -aseguró Berta-. Y una locura poner al autoplaneta al alcance de los cañones Z de los hombres grises. Se ve perfectamente clara su intención: raptarle a usted y disparar con sus cañones contra el Rayo.

- Me he dado cuenta -dijo el almirante tranquilamente-. Pueden disparar sobre el Rayo. No lo derribarán ni le causarán el menor daño. En cuanto a mí, el Gran Jed se cuidará de no tocarme un cabello mientras no esté a cubierto… y no lo estará en ningún caso. Nuestra flota rodeará a Deimos sin rebasar las doscientas millas de proximidad y aniquilarán a cualquier avión que trate de escapar del satélite. Hotep debe de tener noticias de lo que hicimos con Tarjas el año pasado. Sabiendo que nuestros torpedos terrestres son capaces de alcanzar y hacer saltar la más profunda de las fortalezas subterráneas, se cuidará de no incurrir en ningún error. En realidad no creo que Hotep se proponga capturarme, pero si ocurriera así no vacilen en lanzarse al ataque. Comunicaré con el Rayo personalmente cada veinte minutos. En cuanto haya transcurrido este tiempo sin recibir noticias mías ya saben lo que hay que hacer.

- ¿Pretende que destruyamos a Deimos estando usted allí? - protestó el profesor Stefansson. -Si.

La firme respuesta del almirante no admitía objeción. A Berta le maravilló que sus amigos se sometieran sin rechistar a las órdenes del que ella consideraba un imprudente. Acto seguido, el almirante designó a los que habían de acompañarle: George Paiton y Thomas Dyer, Arxis, el comandante saissai de todos los hombres azules del Rayo, y un coronel de cada uno de los grupos representativos de la Policía Sideral.

- Todavía no alcanzan el número permitido por los hombres grises -hizo notar Berta Anglada -. ¿Me permite que vaya yo también?

- Puede venir, si ese es su gusto.

Berta asintió y salió con la lista de los coroneles que iban a Deimos. Poco después el autoplaneta llegaba a las proximidades del satélite y despegaban los cuarenta y nueve destructores y las doscientas zapatillas volantes que formaban la dotación del Rayo.

Cuando el almirante se acercó al destructor España, embutido en su robusta escafandra de vacío con George Paiton y Thomas Dyer, los demás esperaban ya junto al aparato igualmente provistos de sus trajes especiales y teniendo bajo el brazo la esfera de vidrio que había de cubrirles la cabeza.

Miguel Ángel hizo seña a todos para que entraran en el aparato, estrechó una por una las manos de los seis generales y ascendió a su vez al destructor. Este entró en la cámara neumática, y luego se

deslizó suavemente por el anillo que rodeaba al autoplaneta

- ¡Adelante! -ordenó Miguel Ángel al piloto robot.

El aparato salió proyectado hacia adelante a gran velocidad dejando a sus espaldas al autoplaneta. Deimos era visible como un gran globo rodando por el espacio junto a otro globo inmensamente mayor: Marte. Más allá aparecía Phobos, adelantando a pasos agigantados a Deimos en su revolución alrededor del planeta.

Deimos era como una Luna pequeña. Su superficie estaba acribillada de cráteres, abiertos por los aerolitos en largos siglos de continuo bombardeo. Hacia el mayor de estos cráteres se dirigió el aparato frenando su veloz marcha según se aproximaba. Al mismo tiempo pudieron ver una formidable flota de más de mil aparatos marcianos revoloteando como pequeños satélites alrededor de Deimos.

- ¿Qué tal? -Refunfuñó Berta señalándolos-, ¿No dije yo que los hombres grises no traman nada bueno?

El destructor España se inmovilizó un momento sobre el Gran Cráter y luego descendió suavemente sobre un lecho de polvo amarillento. Los embajadores se ajustaron sus escafandras en la cámara neumática, de donde una poderosa bomba extrajo el aire haciendo el vacío.

Miguel Ángel abrió la puerta y saltó a tierra seguido inmediatamente por Berta y los demás. Sus pies se hundieron en el fino polvo. El sol. les daba de frente alargando sus sombras sobre aquel desierto. Estas sombras, como todas las proyectadas por las rocas y las pequeñas lomas de Deimos, ofrecían la particularidad de ser tan densas que la vista no distinguía nada a través de ellas. Aún a pleno sol, tuvieron que encender las lamparillas eléctricas al entrar en la sombra que proyectaba el cono del cráter

La fuerza de gravedad era en Deimos muy pequeña, de forma que el más leve movimiento brusco les levantaba a dos o tres metros de altura.

La ascensión de la ladera interior del cráter estuvo erizada de dificultades. Cuando por fin llegaron a la cima pudieron ver al otro lado el arranque de una pista de cemento, donde les estaban aguardando un par de automóviles especiales para correr por los planetillos. Eran unos coches sin formas aerodinámicas, recios y pesados, como un arcaico tanque de la Tierra. Junto a los automóviles esperaban cuatro hombres grises, recios y altísimos dentro de sus escafandras y corazas que mantenían la debida presión en su interior. Estas extrañas criaturas, al igual que los terrestres, iban completamente desarmadas.

Un momento más tarde nuestros amigos llegaban junto a los coches y los hombres grises.

- Soy el almirante Aznar -les dijo el español por radio- ¿Dónde está

el Gran Jed?

- Subid a los coches. Os llevaremos a su presencia -respondió uno de los hombres grises, que llevaba insignias de oficial.

Los terrestres se acomodaron en los dos coches, quienes emprendieron la marcha deslizándose por la pista a moderada velocidad.

Pronto apareció en el combado horizonte de Deimos el perfil de una oscura loma en cuya cima se erguía una caperuza de acero gris. Alrededor de la loma podían verse basta una docena de platillos volantes, una versión más grande y poderosa de aquellos que siglos antes intrigaran a los habitantes del planeta Tierra.

Al detenerse los automóviles eléctricos, un grupo de hombres grises se acercaron para curiosear a los terrestres.

Berta sintió erizarse su piel bajo la mirada helada y fija de aquellos grandes y horribles ojos.

Una poderosa batería de proyectores de Rayos Z circundaba la loma, a cuya cúspide ascendieron por una larga escalera. Entraron en la cúpula de acero y tomaron un ascensor que, hundiéndose en el subsuelo del satélite Deimos, les dejó en una cámara neumática. Allí, una vez herméticamente cerradas las compuertas, se inyectó oxígeno hasta alcanzar una presión de un kilo por centímetro cuadrado y 22 grados de temperatura.

Al salir de la cámara, los dos oficiales que acompañaban a los terrestres se desembarazaron de sus escafandras. Ángel hizo lo mismo colocándosela bajo el brazo y los demás le imitaron mientras andaban a lo largo de un corredor que les dejó en una antecámara desprovista de muebles. Uno de los hombres grises fue a avisar al Jed de la llegada de los terrestres. Regresó al cabo de unos segundos diciendo:

- Podéis pasar. El Gran Jed, Hotep, os aguarda. Ángel cruzó la puerta de acero y entró en una habitación mayor, de forma circular, en cuyo centro había una enorme mesa redonda de material plástico. Las paredes se veían llenas de mapas. También había allí una pantalla de televisión. Hotep, el Jed supremo de los hombres grises, estaba con dos de sus almirantes inclinado sobre un plano que cubría toda la mesa. Levantó la cabeza al entrar la embajada terrestre y clavó en Miguel Ángel sus grandes y fríos ojos purpúreos.

Hotep era un gigantón de dos metros y medio de alzada. Vestía una especie de mono metálico construido de diminutas escamas color verde y le caía sobre los hombros un manto azul celeste. Se irguió arrogante y preguntó con su profunda voz nasal: - ¿Eres tú el almirante de la Policía Sideral?

- Si, respondió el español tranquilamente. Y preguntó a su vez-: ¿Eres tú Hotep, el Gran Jed de los thorbod?

- Yo soy Hotep -gruñó el Jed con altanería -. ¿Qué mil demonios

quieres? ¿Qué negocio es ese que quieres proponerme y que aseguras atañe por igual a nuestros dos pueblos? ¿Ignoras que los thorbod aborrecen a los de tu raza y no negocian con ellos?

- Eso ha sido hasta ahora, Hotep. En las actuales circunstancias no tenéis más remedio que negociar con nosotros -aseguró Miguel Ángel con firmeza.

Los grandes ojos de Hotep se enturbiaron. -Así -dijo-, ¿has venido a amenazarnos? -Solamente a advertiros que cualquier agresión armada por parte vuestra contra la Tierra significaría una agresión contra todas las naciones unidas de la Tierra y Venus. Oficialmente te fue comunicada la creación de la Policía Sideral. Fuisteis invitados también a ingresar en ella. No habéis contestado todavía. ¿Puedes hacerlo ahora, Hotep?

- Sí -rugió el Jed irguiendo su gigantesco corpachón. Puedes decir a los que te han mandado que jamás nos someteremos a los dictados de la Policía Sideral, ese organismo que los hombres blancos habéis creado para vuestro exclusivo provecho.

- Todas las razas del Universo, sea cual fuere su color, se benefician igualmente en una paz estable. La nación thorbod no puede permanecer al margen de nuestra organización.

- ¿Por qué? - preguntó el Jed resonando por su trompetilla. -La Policía Sideral va a desarmar a todas las naciones, pero nadie podrá arrojar las armas mientras quede en pie y armado un posible agresor… Vosotros.

- ¿Quieres decir que os proponéis desarmarnos de cualquier forma? -preguntó el Jed amenazador.

- He venido a proponeros la paz -dijo el español -. He venido también a recordaros que una guerra entre los hombres grises y los hombres de sangre caliente sería fatal para todos. Tenemos el arma que podría aniquilaros en cualquier momento. Debéis de convenceros de una vez para siempre que jamás nos dejaremos dominar por el hombre gris, y que antes de someternos a nadie, preferiríamos utilizar nuestra fatal arma y perecer arrastrando con nosotros a la hecatombe a nuestros enemigos. Esto, sin embargo, no ocurrirá así. Marte puede o no entrar en la gran familia de naciones y alistarse en la Policía Sideral, pero si Marte intenta agredir a la Tierra o a Venus… a la menor señal de hostilidad… la sumiremos en el caos y pasará a ser un planeta muerto. El Gran Jed alzó una mano.

- ¡Basta de baladronadas! -rugió resoplando por su grotesca trompetilla -. ¿Cómo osas venir aquí a amenazaron? ¿De qué arma destructora estás hablando? ¿Te refieres tal vez a la que podría iniciar una reacción en cadena que acabara con la atmósfera y los mares de Marte? Pues bien, también nosotros tenemos esa arma, y hace tiempo que hubiéramos podido aniquilar a la Tierra y a Venus de haber

querido hacerlo.

Un silencio tenso cayó sobre aquella habitación circular. Berta miró a Miguel Ángel y le vio palidecer, no sabía si de rabia o de miedo. Los altos oficiales thorbod dejaban escapar aquel suave ronroneo que era su forma especial de exteriorizar un sentimiento parecido a la risa humana. En cuanto a los seis coroneles y a George Paiton y Thomas Dyer, habían quedado inmovilizados por la sorpresa.

- ¿Qué tienes que decirme ahora? -preguntó el Gran Jed tocando con uno de los dedos de su mano izquierda en el pecho de Miguel Ángel-. ¿Continúas creyendo que tu Policía Sideral va a poder obligarnos al desarme?

- Considero que el asunto se agrava así, de forma insospechada y terrible. Peor que un arma capaz de destruir, son dos armas dispuestas para el mismo fin. Si tuviéramos nosotros solos esa arma la paz estaría más o menos asegurada. Pero teniéndola también vosotros, si es cierto que la poseéis, la guerra puede surgir en cualquier instante. Ahora, con más motivos que nunca, insisto en que debemos llegar a un acuerdo pacífico para evitar nuestra mutua destrucción -dijo el español con voz extraordinariamente clara y alta, -Jamás podremos llegar a un acuerdo mutuo -respondió Hotep -. A menos que los hombres de sangre roja reconozcan la superioridad en todos los órdenes, de la raza thorbod y se dejen regir y civilizar por nosotros.

- ¿Es posible soñarais alguna vez en tamaño disparate? -preguntó Miguel Ángel enrojeciendo.

- El destino del Universo es gravitar bajo la hegemonía del gran pueblo thorbod -aseguró Hotep con arrogancia-Sois débiles, caprichosos, vanos y estúpidos. Cualquier animal de los que tituláis de orden inferior es en realidad superior a vosotros. La suerte os ha colocado en el planeta más bello de esta galaxia, pero nosotros os arrojaremos de él obligándoos a ocupar el puesto secundario que merecéis.

Los ojos oscuros del español despidieron chispitas de cólera.

- Nadie podrá arrojarnos jamás de la Tierra - afirmó con voz temblorosa de rabia-. No soñéis en aniquilar a la Tierra sin ser a la vez aniquilados. Y ahora, Hotep, como gran almirante de la Policía Sideral, te sugiero que medites despacio acerca de nuestra proposición de paz.

- Ni la propia supervivencia aceptaríamos de un pueblo como el vuestro - escupió el Gran Jed con desprecio.

- En tal caso no merece la pena perder más tiempo en discusiones -masculló apretando los puños-. Puesto que no queréis la paz y nosotros no queremos la guerra, bloquearemos a Marte. Os aislaremos de los demás mundos como a un bacilo virulento y estaréis en vuestro propio planeta tan prisioneros como un pájaro en una jaula. Las

patrullas de la Policía Sideral atacarán y destruirán a cualquiera de vuestros aparatos que rebase las veinte mil millas a partir de la órbita del satélite Deimos. Podéis morderos entre vosotros como perros rabiosos, pero en ningún caso toleraremos que llevéis el virus de la guerra más allá de vuestras fronteras. Nada más. Todavía os concederé treinta días para que meditéis acerca de mi proposición. Transcurrido este plazo entrará en vigor el bloqueo de la Policía Sideral.

Miguel Ángel Aznar giró sobre sus talones y se dirigió hacia la puerta.

- ¡Imbécil fanfarrón! -bramó Hotep a sus espaldas -. ¡Sabes perfectamente que tus aparatos, esos que tienen fama de invencibles, son un puñado de moscas para las escuadras siderales thorbod!

Miguel Ángel se volvió, sonrió al Gran Jed y llamó a sus acompañantes diciendo:

- Vamos. La conferencia ha terminado.

Berta fue la primera en apresurarse a salir siguiendo los sonoros pasos del español sobre el pulimentado piso del refugio subterráneo. Fuera esperaban los dos oficiales que les habían guiado. Con ellos entraron en la cámara neumática y poco más tarde en el ascensor. Cuatro minutos más tarde los coches eléctricos les dejaban al pie del Gran Cráter. Allí les estaba aguardando el destructor del autoplaneta, que se remontó en el espacio en cuanto el último de los coroneles hubo cerrado herméticamente la portezuela de la cámara neumática.

CAPITULO V

ASTEROIDE 433

Al descender de la aeronave, ya en el autoplaneta, la cara de Miguel Ángel Aznar era un libro abierto en el que podían leerse el despecho y la desesperanza.

- ¿Que tal fue la conferencia? -le preguntó el general Ortiz

- Fue un fracaso total -reconoció el almirante. Si alguna vez esperé de los hombres grises comprensión hacia los problemas humanos estaba totalmente equivocado. A ellos les importa un bledo lo que ansiemos. Se consideran superiores a nosotros en todos los órdenes y no cejarán en sus afanes de dominio universal ni siquiera cuando les hayamos aniquilado y quede uno sólo de esos malditos bichos.

- ¿Tan mal fueron las cosas? - preguntó Kisemene, el general africano.

- Hotep aseguró sin empacho, que jamás se someterá a los dictados de la Policía Sideral. Y que continuará obrando según crea conveniente.

- Eso da al traste con nuestras esperanzas -dijo el general Yenangyat

lanzando chispitas por sus ojillos oblicuos-No sólo es imposible el desarme de las naciones de la Tierra, sino que tendremos que continuar fabricando instrumentos de guerra.

- Sí -contestó el almirante muy a su pesar-. No es posible comenzar a reducir gastos de armamentos mientras no empiecen a salir de las fábricas los cruceros de nuevo modelo. Esto quiere decir que los habitantes de la Tierra y Venus tendrán que apretarse el cinturón y dedicarse a trabajar con furia para que los marcianos no nos pillen desprevenidos.

- Eso es imposible -exclamó el general Yenangyat-, Asía, después de la guerra contra los Estados Unidos y la Federación Ibérica, ha quedado desmembrada y macilenta. Si la industria que actualmente nutre al Imperio Asiático se dedica a construir armamentos, ¿qué va a ser de mi pueblo? Nuestro ejército quedó prácticamente aniquilado en la pasada contienda. ¿Tiene usted idea del esfuerzo que representaría volver a reorganizarlo?

- Mi nación carece en absoluto de ejército -dijo a su vez el general Limoges, de los Estados Unidos Europeos-. Todavía nos falta mucho para normalizar nuestra existencia, pese a la ayuda que nos están ofreciendo los Estados Unidos de Norteamérica.

- Ayuda que se suprimirá automáticamente en cuanto tengamos que ocuparnos en cubrir las brechas que abrieron en nuestras fuerzas armadas los ejércitos del Imperio Asiático - añadió el general Norteamericano Power.

- La Federación Ibérica tiene su aviación intacta - murmuró el general Ortiz-. Para aumentar nuestros efectivos tendríamos que retirar nuestra ayuda al Imperio Asiático, cuyas fábricas de alimentos estamos reconstruyendo.

- Todo se puede arreglar con deseos de colaboración y sacrificio -dijo - Miguel Ángel con voz irritada-. Que la Federación Ibérica y los Estados Unidos compartan sus alimentos con el Imperio Asiático y los Estados Unidos de Europa. Que el Imperio Asiático deje de fabricar muebles y aspiradores y construya aparatos aéreos. Que la Unión Africana y Venus extraigan más minerales de sus minas. Estamos empeñados en una carrera contra reloj y hemos de ganarla… o perecer. Al mismo tiempo apresuraremos la explotación del asteroide 433. Habíamos calculado que necesitaríamos dos años como mínimo para sacar de las fábricas el primero de los nuevos cruceros interestelares. Pues bien, hemos de reducir este tiempo a la mitad. Dentro de un año debe de salir de las fábricas el primer crucero, y en un año más hemos de tener armada a la Policía Sideral.

- ¿Cree usted que es posible realizar este esfuerzo? -preguntó Kadde, el general que Venus había destacado en el cuerpo de Policía Sideral.

- Ha de ser posible -aseguró Ángel con firmeza. Y volviéndose hacia Arxis ordenó-: Haced rumbo a Eros. Que los aparatos se recojan a bordo.

Los generales se miraron los unos a los otros consternados.

- Abandonen esa actitud desolada -les dijo Ángel. Todas nuestras esperanzas están ahora en el asteroide Eros. Vamos a ver cómo van los trabajos por allá.

* * *

Cuando el autoplaneta arribó al asteroide 433, la superficie de éste estaba en plena efervescencia. Como un millar de aeronaves comerciales -aparatos donde había sido eliminado todo armamento y comodidad a fin de darles más capacidad de carga-, descansaban sobre el polvo que cubría a Eros.

Una fuerza de tres mil aparatos de combate envolvían al planetillo como una nube de moscas. La superficie del asteroide era casi invisible a través del polvo que levantaban las máquinas excavadoras. Por todas partes se encontraban muestras de una actividad febril e ininterrumpida.

Pese a que todo el mundo estaba trabajando con ardor, al almirante de la Policía Sideral le pareció que podía cuanto menos triplicarse el rendimiento.

- La dificultad -explicó Pedro Mendizábal- está en la energía eléctrica que mueve las máquinas excavadoras, mientras no lleguen generadores atómicos no podrá aumentarse el número de máquinas.

- Utilizaremos al Rayo como central térmica de electricidad por ahora - anunció -. Luego lo llenaremos de material y lo transportaremos a la Tierra. En un solo viaje de nuestro autoplaneta llevaremos tanta carga como en un millar de aviones corrientes.

Personalmente se ocupó Miguel Ángel de organizar la explotación de los yacimientos. No queriendo confiar los resultados de su fracasada embajada en Marte a las ondas hertzianas, por temor a que los hombres grises interceptaran el radio, expidió a la Tierra un par de destructores llevando un mensaje escrito para el Consejo Supremo de la Policía Sideral, acomodada en Madrid

Los generales Yenangyat, Ortiz y Power fueron con el mensaje a la Tierra para aclarar verbalmente las dudas que el Consejo pudiera encontrar en el escrito.

- Considero -decía el almirante- que nuestro futuro depende ahora de que podamos poner en línea, a la mayor brevedad posible, los nuevos aparatos intersiderales y, por consiguiente, de Eros. Este asteroide se encuentra más cerca de Marte que de la Tierra, y en los meses próximos, todavía se aproximará más al planeta de nuestros

enemigos potenciales. Por lo tanto, juzgo de primordial importancia mantener una fuerte guarnición en Eros al tiempo que activamos los trabajos de extracción del nuevo mineral. Sugiero manden enseguida más máquinas excavadoras, generadores atómicos y aviones de transporte, así como personal especializado.

En los días siguientes, el autoplaneta se convirtió de instrumento bélico en urbe industrial. Los cuatro espaciosos rascacielos ofrecieron un excelente alojamiento para los operarios, y en mitad de la enorme plaza fue amontonándose el material en bruto extraído del asteroide.

Berta notó preocupado al almirante. Al preguntarle por las causas, Miguel Ángel respondió:

- Estoy preguntándome cuánto tardarán los hombres grises en darse cuenta de nuestra presencia en este asteroide y la interpretación que darán a nuestra extraordinaria actividad.

- Que piensen lo que quieran -dijo Berta-. Con tal de que nos dejen en paz.

- Esa es la cuestión - murmuró Ángel-. Si los thorbod nos descubren empezarán a hacerse preguntas, y llegarán infaliblemente a la conclusión de que estamos tramando algo. Algo que, naturalmente, va contra ellos.

Tal y como esperaba el almirante, los hombres grises no tardaron en dar señales de vida. Los aparatos del autoplaneta patrullaban constantemente describiendo órbitas de hasta 20.000 millas alrededor de Eros. Al vigésimo día de haber llegado el Rayo, un oficial saissai se presentó a Miguel Ángel con esta noticia:

- Una patrulla de cincuenta platillos volantes fue descubierta por el teleobjetivo automático de mi destructor. Traté de ponerme en comunicación por radio con los tripulantes de los platillos volantes, pero no obtuve respuesta. Suponiendo que me estaban escuchando pero que no querían darse por enterados de mi llamada, les ordené que se retiraran inmediatamente o dispararía contra ellos. Entonces trataron de escabullirse en dirección a Eros. Ordené hacer fuego a mis artilleros-autómatas y éstos derribaron a dos de los platillos. Los demás huyeron en dirección a Marte. ¿Hice bien en disparar contra ellos?

- Sí, Jenko. Hiciste bien. Vuelve a patrullar y ojo avizor por si vuelven los platillos volantes.

Miguel Ángel cursó una orden a los aparatos que guarnecían a Eros para que dispararan contra todo avión que no se identificara.

Transcurrieron seis días sin que volvieran a aparecer los platillos volantes. Los trabajos de extracción de mineral continuaban a ritmo acelerado, alterando la fisonomía del asteroide. En el laboratorio del autoplaneta, el profesor Erich Von Eiken y Pedro Mendizábal, ayudados por un equipo de expertos metalúrgicos, trabajaban sobre

las muestras de dedona, el material recién extraído.

Súbitamente reaparecieron los platillos volantes. Llegaron formando grupos de dos o tres. En ocasiones era un solitario platillo el que se deslizaba al hurto por el hemisferio en sombras del asteroide, burlando por un momento la estrecha vigilancia de las patrullas. Casi todos sucumbieron bajo los fulminantes disparos de los aviones íberos. Algunos, muy pocos, consiguieron escapar a tiempo, llevándose con toda seguridad excelentes fotografías del asteroide 433.

- Ahora ya tienen lo que buscaban -refunfuñó Miguel Ángel-. Esperemos que no interpreten los hechos tal y como son.

- Usted no cree que suceda así -contestó Berta Anglada. - Ciertamente, no. Cualquier niño comprendería que estamos arrancando de las entrañas de Eros algún mineral precioso y desconocido en la Tierra -farfulló el almirante-. Incluso es muy probable que los hombres grises tengan muestras de dedona. Tengo entendido que también ellos exploraron todos los asteroides que gravitan entre Neptuno y el Sol.

- ¿Qué ocurriría si los marcianos descubrieran las excepcionales propiedades del dedona y llegaran a construir aviones como los de usted? -interrogó Berta, súbitamente desasosegada por lo que acababa de ocurrírsele. -

- Ya puede imaginárselo -suspiró Miguel Ángel -. Las fuerzas volverían a estar igualadas y no habríamos adelantado un solo paso. Por fortuna, no hay noticias de que exista dedona en otra parte que en este asteroide.

- Sí, - pero los thorbod podrían desalojarnos de aquí. ¡Cielos, creo que empiezo a ver claro lo que ocurrirá! La lucha va girar ahora en torno a este planetillo. Aquél que consiga ocuparlo y utilizar la dedona para fabricar aparatos del modelo de los del Rayo, será sin duda quien alcance la victoria final. - Calculo que va a ser así.

- ¿Y sabiéndolo puede quedarse tan tranquilo? -exclamó Berta.

- ¿Tranquilo dice? -refunfuñó Ángel -. Sepa, señorita, que este hombre tan tranquilo no ha podido pegar un ojo desde el día en que Hotep, aquel maldito Jed de los hombres grises, rechazó una tras otra nuestras proposiciones de paz.

- Perdone si le he molestado -balbuceó Berta, enrojeciendo. Y para disimular su turbación añadió-: Tendremos que tomar algunas medidas de seguridad. -

- Ya pedí refuerzos a la Tierra -dijo Ángel -. Deben de estar al llegar, pero no se haga demasiadas ilusiones, porque nuestra situación será progresivamente crítica en los próximos tres meses. Este asteroide de nuestros desvelos corre ahora hacia Marte, mientras la Tierra se aleja. Por lo tanto, la base de los aparatos terrestres estará por días más distante, mientras que los marcianos nos tendrán cada día más cerca.

- Bueno -suspiró Berta-. No son dificultades lo que nos falta.

- No - gruñó Ángel-. Sería milagro que no las hubiera estando yo de por medio.

- ¡Hola! - Exclamó la muchacha, clavando sus luminosos ojos negros en el almirante-. ¡Ya me parecía que usted no era precisamente optimista!

- El optimismo es un lujo caro para los hombres predestinados a luchar constantemente contra las dificultades -murmuró Ángel, enrojeciendo.

- ¡Oh! ¿Se considera a sí mismo desafortunado? -Mucho.

- ¿Por qué?

- En primer lugar, porque ansiando como nunca ansiará hombre alguno la paz, jamás pude disfrutar de ella. Esto todavía era soportable cuando tenía junto a mí una mujer con quien compartir mis preocupaciones. Ahora…

- Todavía es usted joven, mister Aznar. No puede vivir su vida esclavizado al recuerdo de una muerta. No digo que haya en el mundo montones de mujeres como fue la suya, pero alguna habrá capaz de quererle con la misma intensidad, de rodearle de cariño y sentimientos agradables y de compartir sus penas y satisfacciones…

- No lo creo. Tenga en cuenta, Berta, que yo pertenezco, como mis amigos, a una generación extinta… a una generación que vivió en este mundo hace nada menos que 4 siglos y medio. De sus cuerpos, de su manera de ser, de su paso, ¿quedan siquiera cenizas, recuerdo, ni huellas? Soy un hombre viejo, Berta, ¡inmensamente viejo! Y este mundo del siglo XXV pesa sobre mi cabeza como usted no puede imaginar. Aunque físicamente represente treinta y cinco años, soy, con relación a usted, casi 500 años más viejo. La forma de vivir de ustedes, la forma de pensar, incluso la de guerrear, son extrañas y casi desconocidas para mí.

- Pues no se nota -sonrió Berta-. Además, sólo hace poco más de un año que regresó usted de su largo viaje intersideral. Vivirá todavía nuestro promedio actual de cerca de doscientos años. Tiene por delante tiempo de sobra para adaptarse al mundo presente.

- No creo que me acostumbre nunca -suspiró Ángel - Siempre recordaré con nostalgia aquel siglo veinte. Los hombres y mujeres que vivimos aquella era creíamos que el mundo no podía estar peor. ¡Cuan equivocados estábamos!

- Bueno, si bien se mira, no estamos ahora peor que entonces. Hemos logrado desterrar el hambre, las enfermedades y las injusticias sociales. ¡Claro que tenemos otros problemas! También las generaciones del futuro tendrán los suyos, y como nosotros, los solucionarán a su manera. Largos siglos de experiencia acumulada de generación en generación, hicieron bajar de los árboles a nuestros

remotos antepasados. Ellos tallaron la piedra, usaron el bronce y el hierro, y todo este acopio de ensayos, de fracasos y de éxitos, han formado ese acervo de conocimientos que llamamos civilización Se ha demostrado científicamente que la experiencia acumulada llega a formar un instinto, y que el instinto se transmite de una generación a otra con la herencia genética. En consecuencia, nada de cuanto ocurre, bueno o malo, se puede dar por desaprovechado. Somos una humanidad joven. Dentro de un millón de años, las nuevas generaciones poseerán por instinto las mejores virtudes, aquellas que por selección natural habrán perdurado como beneficiosas para la comunidad. Por lo tanto, ninguno de nuestros errores o sufrimientos se pueden dar por inútiles.

Miguel Ángel Aznar dejó caer sobre la joven una mirada de admiración.

- ¿Quién me hubiera dicho que una jovencita como usted tendría que dar una lección a un viejo como yo? Le aseguro que en adelante miraré con más respeto a los jóvenes de esta generación. Es manía en los viejos anatemizar los actos y los pensamientos de la juventud. No quisiera caer en el pecado de menospreciar lo que resulta incomprensible para mí. Tal vez sea yo el imperfecto…

- ¡Es usted un hombre admirable! -aseguró Berta con vehemencia.

Y como él la miraba sorprendido, giró sobre sus talones y salió del despacho de Miguel Ángel para que éste no viera la turbación que se asomaba por los enormes y brillantes ojos negros.

CAPITULO VI

PROYECTILES DIRIGIDOS

Llegaron refuerzos de la Tierra: doce mil aparatos de combate y cuatro mil aviones de transporte atiborrados de maquinaria, generadores de combustión atómica y expertos en minería. Con ellos vinieron también los generales Yenangyat y Power. El general Ortiz quedó en España como enlace.

- ¿Qué tal van las cosas por el Mundo? -preguntó el almirante. -El Mundo clama contra la Policía Sideral y todos los que formamos parte de ella -aseguró Power, sin empacho-. Los habitantes de la Tierra esperaban otra cosa bien distinta de nosotros. - ¿De veras? -gruñó Ángel.

- Ya lo creo. En los Estados Unidos y en la Federación Ibérica ha caído como una bomba La noticia de que tendrían que afrontar un largo período de restricciones y sacrificios antes de poderse liberar del espectro de la guerra.

- ¿Consideran mucho tiempo dos años?

- Para los terrestres, habituados a una vida cómoda y bien surtida, privarles de algunas menudencias es un crimen.

- ¡Al diablo los terrestres con su delicadeza! - Refunfuñó Ángel-. En resumen, ¿qué van a hacer?

- No pueden hacer otra cosa que resignarse a lo inevitable; en este caso, apretarse el cinturón y esperar que la Policía Sideral cumpla su promesa de mantener la paz en lo venidero. Por cierto, que nadie cree en esa utopía.

- ¿Quién es nadie? -preguntó el profesor Stefansson metiendo baza.

- Nadie son todos, mister Stefansson -repuso Power con exquisita amabilidad.

Para Berta Anglada, que estaba presente en esta conversación, la forma en que Miguel Ángel arrugó la nariz, tenía un significado inequívoco. Al almirante le molestó que el mundo pensara lo mismo que él; es decir, que lograr alguna vez la paz absoluta y permanente era una pura fantasía. Para el deprimido ánimo de Ángel hubiera sido de gran ayuda saber que el mundo entero confiaba y creía en él Porque la Policía Sideral no era cualquier cosa inmaterial o abstracta. La Policía Sideral era Miguel Ángel Aznar en persona, y no confiar en aquella organización era desconfiar de Ángel.

- Lo han hecho polvo -pensó Berta para sí.

Y esperó verle más pesimista y malhumorado. Por eso se asombró cuando veinticuatro horas más tarde volvió a encontrarle vigoroso y decidido, ultimando los preparativos de marcha de los primeros 50 aviones de carga que iban a salir rumbo a la Tierra, llevando un cargamento de dedona. Estos aviones iban escoltados por cien aparatos de combate, cuya exclusiva misión era escoltar el convoy.

El gasto de fabricar uno solo de los nuevos cruceros, interestelares del tipo de los que formaban la dotación del autoplaneta, se calculaba en un equivalente de mil aparatos de características corrientes. Por lo tanto, fabricar mil cruceros interestelares equivaldría poco más o menos a construir un millón de aviones normales. Sin embargo, mil cruceros interestelares vendrían a ser como mil acorazados del siglo XX frente a un millón de viejas carabelas del siglo XV; prácticamente invencibles e infinitamente más poderosos.

El Mundo había afrontado un gasto tremendo al querer construir algunos miles de cruceros para la Policía Sideral; pero una vez estuvieran construidos, ninguna aeronave de las conocidas en el Universo podría enfrentarse con ellos.

El propósito de Miguel Ángel era acumular en el mismo asteroide cuanto mineral pudiera para transportarlo a la Tierra cuando ésta, después de completar su viaje alrededor del Sol, volviera a aproximarse a Eros. Lo más costoso de esta gigantesca empresa iba a ser arrancar el tenaz mineral de las entrañas del asteroide 433, y la

tarea más ardua, transportarlo a las fábricas ubicadas en la Tierra formando un puente aéreo de miles de aviones yendo y viniendo en afanoso trajín. Una vez en marcha las fábricas, en plena actividad las minas y con el puente interplanetario tendido, el trabajo entraría en su más hermosa fase, lanzando los nuevos y flamantes cruceros interestelares, que serían el orgullo del Universo y la seguridad de la civilización terrícola.

En los quince días que siguieron a la partida de los aviones que iban a llevar a la Tierra las primeras toneladas de dedona, la actividad creció en el planetillo 433 hasta alcanzar un grado de efervescencia delirante. El profesor Erich Von Eiken, auxiliado por Pedro Mendizábal y un ejército de eficientes hombres de ciencia de todas las razas, empezó a hacer cálculos sobre la posibilidad y el costo de crear una fundición en el propio asteroide.

Era un sueño que, a poder realizarse, les haría ganar tiempo y economizar gastos.

En efecto, el peso específico de la dedona era tanto que cada avión no llegaba nunca a utilizar todo su espacio disponible. Cada metro cúbico de mineral pesaba aproximadamente 80.000 kilos. Este peso no significaba mucho en Eros, donde la fuerza de la gravedad era pequeñísima, pero al llegar a la Tierra creaban dificultades insalvables para los aviones, que no podían frenar su descenso con tan enormes pesos.

Hubiera sido mucho más práctico traer a Eros el utillaje necesario y, aún a riesgo de tener que levantar toda una ciudad aislada del vacío por una gigantesca campana de vidrio, fundir la dedona allí mismo, junto a sus fuentes de procedencia.

Sólo había un grave inconveniente, y era éste el hombre gris. El alucinante hombre gris, que podría llegar de un momento a otro con sus poderosas escuadras de platillos volantes y reducir a polvo en un minuto lo que tanto esfuerzo costaría levantar.

Para montar una industria en Eros capaz de sobrevivir a un bombardeo atómico, habría que enterrar a ésta a varios miles de metros de profundidad y guarecerla luego con formaciones masivas de aparatos de combate. Pero para esto sería indispensable retirar las fuerzas aéreas de la Tierra y Venus, dejando desamparados a los planetas, y esto no podía hacerse. Hubiera sido el colmo del sarcasmo acumular todas las defensas en Eros para que, mientras, se presentaran los marcianos en la Tierra y ocuparan el planeta.

El problema hubiera tenido solución, únicamente, contando con aviones suficientes para guarnecer a Eros y a la Tierra y Venus. Y sabido es que la aviación terrestre había quedado bastante mermada después de la última guerra.

- Hemos de abandonar por imposible ese proyecto -dijo el almirante

al profesor Von Eiken-. El camino más largo es el de transportar el mineral a la Tierra. Es el más difícil… pero el que ofrece más garantías de seguridad.

En este momento sonó el zumbador del televisor. Se encontraban en el confortable despacho del almirante. Este interrumpió su conversación con Von Eiken y los generales para empujar la palanquita del aparato.

En la pantallita apareció la cara rubicunda de Richard Balmer con los auriculares puestos. El radiotelegrafista parecía excitado.

- Escuche esto, almirante -dijo sin más preámbulos.

Hizo un movimiento rápido con la mano, conectando sin duda con otra línea. Inmediatamente se escuchó una voz excitada diciendo en español:

- ¡Atención, autoplaneta Rayo! ¡Aquí cohete sideral 301! ¡Nos atacan los platillos volantes! ¿Me escuchan? ¡Oiga, autoplaneta!

- Hable usted, le escucha el propio almirante Aznar -dijo Richard.

El micrófono oculto en el televisor dejó escapar un poderoso zumbido que ahogó la voz del distante piloto ibero.

- Interferencia -comentó Richard, moviendo las manos sobre el cuadro de mandos, no visible en la pantalla de Ángel.

El zumbido bajó de tono. Entre él se oyó débilmente la voz del angustiado aviador:

- ¡Nos atacan unos mil platillos volantes… (zumbido)… pero no pudimos escapar… (zumbido)… más veloces que nosotros. Están disparando como demo… (zumbido)… ocupo el centro de la formación y veo caer aparatos propios a mi alrededor… (penetrante zumbido)… no caen aunque han encajado varios de mis disparos… parecen invulnerables ante los Rayos Z… (zumbido)… ¡No! ¡Ahora veo caer a uno! ¡No son totalmente invulnerables, pero muestran una extraordinaria resistencia…!

El micrófono dejó oír un silbido penetrante intercalado por zumbidos y gruñidos. Miguel Ángel se inclinó sobre el televisor y gritó con ansiedad:

- ¡Richard… Richard…! ¡Trate de sintonizar nuevamente con ese aparato!

- Imposible, almirante -dijo Richard moviendo la cabeza-. La interferencia es muy eficaz. Por otro lado, es muy posible que ese muchacho haya sucumbido a su vez.

- ¡Trate de localizarlo! -bramó Ángel. Súbitamente cesaron los zumbidos del micrófono.

- ¡Atención CS-301! ¡Atención CS-301! -llamó Richard. No hubo más respuesta que el suave zumbar del aparato.

- Inútil, Ángel - gruñó Richard-. No contestan. Probaré otra vez.

- Déjalo, Richard -suspiró Ángel-. Creo que el cohete sideral 301 ha

corrido la misma suerte que sus compañeros. Ese aparato formaba parte del convoy en ruta a la Tierra, ¿verdad?

- Sí, jefe.

Cerró la comunicación con un movimiento mecánico de su mano, y al alzar los ojos fue a posarlos en los enormemente abiertos de Berta Anglada. Luego, su mirada resbaló hasta las caras de los cinco generales, donde podía leerse el estupor y el desconcierto.

- ¿Qué significa esto? -balbuceó Kisemene, cuya cara negra había tomado color gris-. ¿La guerra tal vez?

Ángel había palidecido. Sus pupilas centelleaban siniestramente.

- Ignoro si esto es el comienzo de una guerra total entre Marte y la Tierra - dijo con voz ronca-. De lo que no me cabe duda es que los thorbod han comprendido el significado de nuestra presencia en Eros. Espero que no se encuentren todavía en condiciones de lanzarse a un ataque global.

- ¿Por qué? -preguntó el general Limoges.

- Porque si se deciden a atacarnos aquí, nuestra situación va a ser muy comprometida.

Apenas acababa de pronunciar el almirante estas palabras cuando el autoplaneta entero vibró, sacudido por una fuerza invisible.

No se produjo ningún ruido, porque el sonido no se propaga en el vacío, pero todos comprendieron inmediatamente de qué se trataba.

- ¡Una bomba atómica! -exclamó Berta Anglada.

Miguel Ángel encendió de nuevo, el aparato de radiotelevisión, conectado con la sala de control:

- ¡Una explosión atómica sobre el polo Norte del asteroide…! ¡Atención, Rayo… atención, Rayo…A ¡Ha caído justamente sobre el yacimiento doce…! ¡Comandante Martín a patrulla tercera…! ¡Cuidado, ahí viene otro…! ¡Atención, Rayo! ¡Habla el comandante Davos… una nube de proyectiles dirigidos están lloviendo sobre nosotros… tratamos de aniquilarlos… pero su velocidad es tremenda…! ¡No podemos contenerlos a todos…!

Un terremoto pareció sacudir la inmensa mole del autoplaneta. Los objetos de adorno de la mesa cayeron. Berta Anglada se sujetó a un enorme armario de acero, que a su vez vibraba como una plancha golpeada con un martillo. Miguel Ángel se inclinó sobre el micrófono y bramó rápidamente varias órdenes:

- ¡Pronto! ¡Thomas… profesor Stefansson… que salgan los aparatos de reserva… hagan funcionar las defensas del Rayo… averigüen de dónde procede el ataque y pongan rumbo hacia allá para interceptar a los proyectiles dirigidos…!

- Entre el coro de voces, llamadas y órdenes que salían del pequeño aparato, se oyó la de Richard Balmer, diciendo:

- ¡O.K., jefe… allá vamos…!

Ángel se precipitó hacia la puerta del despacho. Berta le siguió casi instintivamente, y los generales echaron a correr detrás de ellos. Entraron atropelladamente en el ascensor. Mientras descendían hacia las entrañas del autoplaneta, se percibía nuevamente la ruda vibración de todas las partes de la colosal nave del espacio.

- ¿Qué ocurriría si alguno de esos proyectiles atómicos alcanzara al autoplaneta? -preguntó Berta a Ángel.

- Dentro de la atmósfera de la Tierra nos lanzaría a gran distancia y altura como una pelota, aún tratándose de una pelota que pesa treinta millones de toneladas. En el vacío, una explosión atómica es menos peligrosa que dentro de una atmósfera. No podría hacemos mucho daño, aún suponiendo que un proyectil atómico pudiera llegar hasta el autoplaneta, lo que es en realidad imposible.

- ¿Por qué?

- Porque cuando el Rayo avanza por el espacio lleva a su alrededor una coraza de átomos de cien millas como mínimo de espesor. Es a modo de una atmósfera invisible, pero tan eficaz como la que rodea a la Tierra. Ya sabe usted que por el vacío interestelar navegan a velocidades terribles y en todas direcciones multitud de aerolitos, que constituyen lo que ustedes llaman en su jerga escollos del espacio. Estos aerolitos están cayendo continuamente sobre la Tierra, aunque ninguno o muy pocos llegan a su superficie. Por su tremenda velocidad, cuando estos aerolitos entran en contacto con las capas superiores del aire que envuelve a nuestro mundo, estallan por efectos de la violenta frotación y se convierten en cenizas. Lo mismo ocurre con el envoltorio atómico de nuestro autoplaneta. Mientras viajamos por el vacío interestelar a velocidades iguales a la de la aceleración de la gravedad, llevamos por delante y a nuestro alrededor una espesa coraza atómica contra la que se pulverizan todos los astrolitos y, por consiguiente, también cualquier proyectil dirigido atómico o avión que se precipite contra nosotros a gran velocidad.

- Muy ingenioso -murmuró Berta, admirada-. Pero si un proyectil dirigido o avión se precipitara a poca velocidad sobre el autoplaneta podría atravesar sin dificultad esa barrera atómica, ¿no es cierto?

- Podría cruzarla, desde luego, como la cruzan nuestros propios aparatos cuando se disponen a volver al Rayo. Pero un proyectil o avión que entrara a poca velocidad en nuestra atmósfera sería un blanco excelente para los proyectiles de Rayos Z que defienden el autoplaneta.

Berta se disponía a seguir preguntando, pero el ascensor acababa de detenerse y las puertas se abrieron automáticamente.

Al irrumpir precipitadamente en la sala de control, Berta cayó en la cuenta de que había cesado la dolorosa vibración.

- ¡Atmósfera a cien millas! -ordenó Ángel con voz estentórea apenas

puso los pies en la sala de control. Y volviéndose hacia Thomas Dyer, que estaba frente a los mandos, añadió-: Thomas, procure imprimir al Rayo una velocidad constante que nos mantenga siempre sobre el mismo punto de Eros mientras éste gira sobre su eje. Richard, mande aviso a toda la gente del asteroide para que acuda a refugiarse en este hemisferio.

- Dígales solamente esto: Aquel punto de la superficie del planetillo desde el cual alcancen a ver al Rayo será zona de seguridad para ellos.

Berta se admiró del genio previsor de su ídolo, quien entre otras providencias estaba ordenando: -Sesenta millas de altura sobre Eros. Póngame en contacto con el comandante Arxis.

Era evidente que si la atmósfera del autoplaneta tenía un radio de acción de cien millas y éste sólo se encontraba a sesenta sobre la superficie de Eros, debajo del Rayo se extendería un espacio donde los proyectiles dirigidos del enemigo no podrían entrar. El diámetro del asteroide 433, sólo tenía unos quinientos kilómetros. La atmósfera emanante del autoplaneta sobraba, pues, para proteger todo el hemisferio sobre el que se hallara suspendida la maravillosa astronave.

Los partes que llegaban desde los aparatos que guarnecían a Eros indicaban que algunos centenares de proyectiles dirigidos, al parecer procedentes de Marte, habían caído por sorpresa sobre Eros. Por su tremenda velocidad, transcurrieron muy pocos segundos desde que fueron descubiertos hasta infiltrarse entre las escuadras de protección. Los cañones Z no hubieran permitido llegar uno solo de estos proyectiles a Eros, si los proyectiles en cuestión hubieran sido tan vulnerables a la ardiente caricia de los Rayos Z como todos los que hasta hoy se conocían. Pero los proyectiles dirigidos marcianos demostraron una extraordinaria resistencia contra el calor.

De tres a cinco segundos bastaban a los cañones Z para aniquilar cualquier avión de tipo conocido. Los proyectiles dirigidos o aviones suicidas -todavía no se sabía cómo calificarlos-, resistieron en ocasiones hasta diez o doce segundos a los Rayos Z antes de reventar en el espacio. Y al hacer explosión estaban ya entre las densas formaciones de aparatos defensores, de modo que arrastraron a muchos de éstos a la catástrofe.

Miguel Ángel ordenó a los aviones que fueran a proteger el hemisferio opuesto al que ocupaba el autoplaneta. Acto seguido, Berta pudo presenciar a través de las pantallas de televisión, como si estuviera asomada a dos enormes ventanales de tres metros de lado para cada uno, la llegada de unos cincuenta proyectiles dirigidos más.

Eran como una bandada de proyectiles cazados en plena trayectoria por el objetivo de una máquina fotográfica de rapidez inverosímil. Iban en formación de cuña, y el poderoso teleobjetivo del Rayo los

divisó perfectamente, relampagueando al Sol, cuando todavía se encontraban a ochocientas millas de distancia, fuera del alcance de los cañones Z.

En un momento estuvieron a sólo trescientas millas del Rayo, y, acto seguido, se estrellaron contra la atmósfera del autoplaneta, haciendo explosión en deslumbrantes fogonazos color blanco intenso.

Un centenar de otros proyectiles o aviones suicidas que intentaron alcanzar a Eros por Oriente sucumbieron igualmente sin alcanzar sus objetivos. Del hemisferio opuesto llegaban incesantes noticias de las fuerzas aéreas, empeñadas en feroz combate contra el enemigo, al que estaban rechazando con mayor eficacia en razón de la mayor concentración de proyectores de Rayos Z sobre un mismo objetivo.

El ataque acabó a los veinte minutos de haber empezado. Desde que el autoplaneta se elevó para defender a Eros, ni un solo proyectil consiguió llegar a su objetivo. En cambio, irnos doscientos cincuenta aviones terrestres habían sucumbido al estallar entre ellos varios de los proyectiles dirigidos o aviones suicidas.

- ¿Bajamos otra vez a Eros?

- Sí. Richard, procura averiguar lo ocurrido en el asteroide.

Mientras el Rayo volvía a descender sobre Eros, llegaron los partes y pudo hacerse un balance de los daños causados por las explosiones atómicas.

De doce a quince proyectiles habían estallado sobre la superficie de Eros en los primeros segundos del ataque por sorpresa. Todos cayeron sobre el hemisferio en sombras, o sea el que miraba a Marte. Gran cantidad de máquinas excavadoras estaban reducidas a montones de hierros retorcidos e impregnados de radioactividad. Los hombres muertos se calculaban en unos ciento y pico. En aquel hemisferio se hallaban también dos mil aviones posados sobre el polvo mientras sus tripulaciones descansaban. Más de seiscientos de estos aparatos fueron totalmente destruidos con gran parte de su tripulación. Además, unos cincuenta aviones de transporte estaban igualmente fuera de combate.

- Teniendo en cuenta que solamente llegaron a sus objetivos una pequeñísima parte de las bombas, el daño es considerable - murmuró el profesor Von Eiken.

En este momento llegó a bordo del Rayo otra noticia. Uno de los proyectiles no hizo explosión. Estaba profundamente enterrado en el polvo de Eros, donde abrió un cráter de cuarenta metros de diámetro.

- Me gustaría echarle un vistazo a ese proyectil -dijo mister Stefansson.

CAPITULO VII

LA BESTIA ATACA

Apresurose Miguel Ángel en expedir un radio a la Tierra, dando cuenta del ataque llevado a cabo por los marcianos contra el convoy de aviones en ruta hacía el mundo y contra el asteroide Eros con proyectiles dirigidos.

Contra lo que esperaba, en la Tierra no se había registrado ningún ataque thorbod. Ni siquiera se había visto un solo platillo volante en las proximidades de la atmósfera terrestre Sin embargo, la noticia de que los marcianos habían atacado a las naves y a la guarnición de Eros desencadenó el pánico en la Tierra.

Inmediatamente fue proclamado el estado de guerra. Fueron llamados a filas los aviadores y soldados de la reserva, y todavía cubiertos por el polvo que un largo encierro había depositado sobre ellos, los aviones terrestres se elevaron en formaciones masivas dando vueltas alrededor del globo como perros pastores.

De un extremo a otro del viejo planeta las guardias territoriales permanecieron junto a sus armas, fijos los ojos en el cielo a la espera de ver caer de las nubes el ejército invasor. Los gigantescos ojos de los telescopios avizoraron el espacio noche y día. Los nervios se tensaron y los ánimos se prepararon para una guerra cuya duración y resultado nadie sería capaz de prever.

- Yo no creo -dijo Ángel a los generales de su Estado Mayor- que los hombres grises vayan a empezar mañana mismo una guerra total. De ser esas sus intenciones habríanse lanzado en un ataque fulminante sobre la Tierra, en vez de advertirnos atacando nuestro convoy y bombardeando Eros. Considero que su objetivo presente es limitado,

- ¿Limitado? - exclamó el general Kade-. ¿Qué quiere decir? -Que por ahora les bastará con crearnos dificultades en este planetillo e impedir que los convoyes de mineral lleguen a la Tierra.

- ¡Pero eso equivale a dar por seguro que están enterados de nuestros propósitos y de lo mucho que el mineral de Eros significa para los terrestres! -protestó el general Limoges.

- Seguro.

- En tal caso tratarán de arrebatarnos este asteroide!

- ¿Para qué? -preguntó Ángel con una sonrisa.

- ¿Cómo para qué? -gritó Límoges -. ¡Para construir ellos los cruceros interestelares que nosotros pensábamos fabricar con el mineral de Eros!

- No - Ángel movió la cabeza de un lado a otro-. Los hombres grises no son tan tontos. Saben perfectamente que si ocuparan Eros les impediríamos explotarlo. Saben que aún contando con que lograran extraer el mineral, nuestros aparatos se encargarían de que no alcanzara jamás Marte. Y saben, en fin, que es mucho más costoso defender Eros que impedir la actividad sobre este asteroide. Eros les

interesa mucho, sin duda. Pero saben que por ahora está fuera de su alcance y se limitarán a impedirnos su explotación.

- Según eso -refunfuñó Power-, Eros se encuentra en un punto muerto… en el fiel de una balanza. Mientras esté en nuestras manos, los thorbod impedirán que lo explotemos. Si lo abandonamos y lo ocupan los thorbod, entonces seremos nosotros quienes les impidan explotarlo. ¡De valiente cosa nos ha servido el hallazgo de dedona en Eros!

Berta Anglada, que como ayudante asistía a todas las conferencias, observó que todas las miradas iban a coincidir rencorosas sobre Miguel Ángel, como si el joven almirante hubiera sido el descubridor de la dedona y el instigador de la explotación del asteroide 433.

- Si hemos de servirnos de la balanza como expresión grafica en este asunto -dijo lentamente Miguel Ángel -, me permitiré recordarle al general Power que el asteroide 433 no está precisamente en el fiel, sino ligeramente inclinado a nuestro favor. Mi autoplaneta continúa pesando treinta millones de toneladas.

- ¡Su autoplaneta! -bufó despectivamente Power-. ¿No estará dando demasiada importancia a su autoplaneta? Los hombre grises conocen ya, sin duda, la existencia de la dedona. ¿Qué me diría si nuestros enemigos estuvieran construyendo aeronaves tan poderosas como este autoplaneta?

- Si ocurriera tal les invitaría a ustedes a rezar por la salvación de sus almas -sonrió Miguel Ángel con ironía-. La Tierra, Venus, nuestra civilización y la humanidad entera estaríamos irremisiblemente perdidos. Y si esta posibilidad no les anima a ustedes a luchar con uñas y dientes por la supervivencia… Bien; entonces será mejor que mi autoplaneta y mis amigos nos alejemos de este mundo que amenaza ruina y busquemos otro remoto planeta donde poder vivir en paz.

- ¡Bueno… bueno…! -exclamó el general Kisemene, haciendo muecas-. No empecemos con las disputas. Usted, mister Aznar, tiene el genio corto y la palabra muy incisiva. Usted, general Power, no parece sino que esté buscando la escisión y el fracaso de la Unión de Naciones y de la Policía Sideral. Somos militares profesionales, ¡qué caramba!, y no podemos asustarnos como una gallina vieja en cuanto se deja oír el primer trueno de la tempestad. Examinemos la situación con calma. ¿Es que ya no queda más solución que rellenar este asteroide de bombas atómicas y hacerle saltar por los aires para que no vaya a parar a manos del enemigo?

- Tal vez fuera la mejor solución -refunfuñó Power. Kisemene se volvió hacia Miguel Ángel. -A usted, almirante, ¿no se le ocurre una solución mejor? -¿Y a usted? -preguntó a su vez Miguel Ángel.

- ¡Hombre, mister Aznar! - exclamó el negro -. ¡Tiene usted unas

cosas! Yo soy militar puro, mientras que usted es estratega y científico a la vez. ¿No le queda ningún truco en la manga?

- Algo hay... -murmuró Ángel acariciándose pensativamente el mentón y haciendo latir más deprisa el corazón de Berta Anglada-. No se trata de nada nuevo, sino de desarrollar en mayor escala las defensas del autoplaneta. Por ejemplo; podríamos rodear a Eros de una atomósfera...

- ¡Cielos! -gimió el general Limoges-. ¿Es posible crear una atomósfera alrededor del asteroide 433, mister Aznar?

- Sí. Por fortuna, Eros es un planetillo muy pequeño.

- ¡Entonces estamos salvados! -gritó el general azul Kadde. -Los inconvenientes que haya serán puramente financieros.

Levantar una atomósfera representa un tremendo gasto de energía atómica. Y los aparatos necesarios para crear esa atmósfera serán carísimos. ¿Creen que el Consejo de las Naciones afrontarían este nuevo gasto?

- ¿Qué otro remedio le queda? -refunfuñó Power -. Lo someteremos a su aprobación. Y a menos que el mundo opte por el suicidio aceptará cualquier cosa que ofrezca esperanzas de salvación.

Miguel Ángel se inclinó sobre el radiovisor y llamó al profesor Erich Von Eiken a su despacho. El sabio alemán estuvo en pocos segundos ante el almirante y respondió con rapidez a cuantas preguntas se le hicieron.

Desde luego, era factible levantar una atomósfera alrededor del asteroide 433. La mayor dificultad consistiría en construir toda la complicada maquinaria que se necesitaría con la brevedad de tiempo que los problemas militares y estratégicos de Eros reclamaba.

- Sugiero -dijo Power- que algunos de nosotros nos personemos en Madrid con la mayor brevedad de tiempo posible para exponer el asunto ante el Consejo de las Naciones. El profesor Von Eiken debiera acompañarnos para apoyar nuestro proyecto con sus datos científicos.

- Me parece muy bien -apoyó Miguel Ángel-. Podrían ustedes hacer el viaje en un par de semanas en uno de nuestros destructores interestelares. Mientras, mister Von Eiken haría un presupuesto de lo que necesitaría para crear una atomósfera en Eros.

El proyecto se aprobó inmediatamente. Se decidió que los generales Power, Kisemene y Kadde partirían rumbo a la Tierra con el profesor Erich Von Eiken. Al ponerse en pie para marchar a hacer los preparativos, entró el profesor mister Louis Frederick Stefansson, todavía enfundado en su pesada coraza de presión para vacío.

- ¿Encontró por fin ese proyectil que no llegó a hacer explosión? -le preguntó Ángel.

- Sí. Estaba profundamente enterrado, pero no fue difícil descubrirlo con la ayuda de las máquinas excavadoras.

- ¿Era en realidad un proyectil sin piloto?

- Sin duda. Estaba convertido en un montón de acero retorcido. Me he traído una muestra del material que recubre su casco - dijo mister Stefansson, dejando caer sobre la mesa un pedazo de acero que parecía un trozo de metralla.

El profesor Von Eiken lo tomó y sopesó con ambas manos.

- Parece mucho más denso que el acero corriente - dijo.

- Observe esa pintura que recubre su cara exterior. Creo que todo el misterio de su extraordinaria resistencia a los Rayos Z se condensa en esa capa. Es un componente de dedona.

- Es muy posible -murmuró el sabio alemán.

- Yo he pensado - prosiguió mister Stefansson-, que si los hombres grises de Marte han recubierto sus proyectiles y aviones con una capa de pintura a base de dedona, también podríamos hacer nosotros lo mismo con nuestros aviones. Un hosco silencio acogió las palabras del profesor Stefansson.

- Creo que tendremos que aplazar el viaje a la Tierra… al menos hasta después de haber analizado esta especie de pintura marciana. Si en su composición entra la dedona tendremos un argumento más para pedir al Consejo de Naciones de que debemos apresurar la fabricación de cruceros interestelares a base de este material -dijo Miguel Ángel. Y volviéndose hacia el profesor Von Eiken preguntó-: ¿Cuánto tiempo cree que necesita para completar el análisis?

- Procuraremos comprobar que se trata de dedona. Si lo es, estará resuelto el problema en una hora.

- Perfectamente. Puede empezar ahora mismo.

Mister Erich Von Eiken saludó a los generales y abandonó el despacho seguido por el profesor Stefansson. Ángel decidió echar pie a tierra para pasar revista a los equipos mineros que habían reanudado su labor con los elementos que el bombardeo marciano no había reducido a astillas.

Berta Anglada se empeñó en acompañarle. Para esta excursión por la superficie de Eros, el almirante y Berta vistieron sus pesadas armaduras metálicas de vacío. Cuando la joven se reunió con Ángel en el gran portal del rascacielos, advirtió que éste llevaba sobre la espalda un aparatito, una especie de depósito de forma rara sujeto por fuertes correas. Ángel tenía en la mano otro de estos aparatos que llamaron poderosamente la atención de Berta.

- ¿Qué es esto?

- Se llama back y sirve para volar individualmente. Póngaselo. El back es una de las varias aplicaciones de la dedona. Este pequeño cuadro de mandos que cae sobre el pecho sirve para dejar paso a una corriente eléctrica que convierte al material de que está construido el back en fuerza repelente a la atracción de las masas. Esta palanquita

sirve para subir o bajar. Para evolucionar en el espacio hay que valerse con movimientos musculares… Vea cómo lo hago yo.

Ángel dio vuelta a un botón, empujó ligeramente una palanqueta hacia arriba y se elevó seis pies sobre el nivel del piso del autoplaneta. Hizo girar otro botón, empujó la segunda palanqueta y un fino chorro de gases le empujó hacia adelante. Ángel dio media vuelta dándose impulso con las piernas y volvió junto a Berta.

- ¿Se ha dado cuenta? preguntó.

- Es maravilloso - exclamó la joven adosándose el back con la ayuda del almirante.

Luego, se ayudaron uno al otro para ponerse sobre los hombros las escafandras y se encaminaron hacia una de las salidas.

Unos minutos más tarde avanzaban sobre el anillo de cien metros de anchura que rodeaba al autoplaneta y desde allí tendían la vista a su alrededor dominando una amplia panorámica. Entre densas columnas de polvo podían verse mover grandes máquinas excavadoras; vagonetas formando largos trenes de los que tiraban robustas locomotoras eléctricas y hombres encerrados en sus corazas de vacío que iban de un lado a otro vigilando la labor de las máquinas.

En la parte posterior de sus escafandras llevaban sendos aparatos de radio, de los que se servían para comunicarse entre sí, pues aunque ante cada oído llevaban un auricular para captar los ruidos del exterior, el silencio más absoluto imperaba a su alrededor en contraste con la febril actividad de las máquinas zapadoras. En el vacío el silencio era completo.

Berta y Ángel se lanzaron por el espacio hacia un grupo de poderosas máquinas excavadoras que estaban levantando grandes nubes de polvo. Por efectos de la débil fuerza de gravedad de Eros, este finísimo polvo tardaba horas enteras en volver a caer por su leve peso hacia tierra, de modo que siempre había una neblinosa capa de polvo en suspensión.

Las grandes palas mecánicas, manejadas por control remoto, tomaban el mineral arrancado por los martillos pneumáticos y lo vertían en las vagonetas. Estas, moviéndose sobre un laberinto de pequeñas vías, se dirigían al autoplaneta Rayo, suspendido e inmóvil en el espacio a un centenar de metros de altura.

Desde la parte inferior del gran anillo que rodeaba al autoplaneta colgaban recios cables de acero que enganchaban a las vagonetas y las levantaban con su carga hasta las grandes puertas abiertas en el casco del autoplaneta, bajo aquella especie de alero formado por el anillo ecuatorial.

En el interior del autoplaneta, debajo de la plataforma que lo dividía por la mitad, había visto Berta Anglada una extensión de

terreno de 11.333 metros cuadrados con una altura libre de 30 metros hasta el techo. Era el parque del autoplaneta.

Una capa de diez metros de tierra vegetal servía de base a las variadas plantas y los árboles que allí crecían un poco desordenada monto Plantas, flores y árboles eran en su mayor parte desconocidos para Berta.

- Son producto de las semillas que tomamos durante nuestro viaje a Venus, y que teníamos a bordo del Lanza cuando nuestra aeronave se estrelló en el planeta Ragol.

- Más tarde las plantamos aquí y, ya ve. Tenemos un precioso huerto -dijo Miguel Ángel Aznar cuando le mostraba el autoplaneta a Berta.

En este espacio libre vertían las vagonetas el mineral, arruinando, naturalmente, el muy querido huerto de los propietarios del Rayo.

Ahora, en su visita a los yacimientos, Berta y el almirante se detuvieron a charlar con los ingenieros que dirigían los trabajos.

- Es un mineral horriblemente tenaz -les comunicó uno de los ingenieros-. Cada hora de trabajo hay que recambiar los taladros de las perforadoras. Esto retrasa considerablemente la extracción.

- Tendremos que aplicar las primeras toneladas de dedona a la fabricación de barrenas - dijo Ángel a Berta mientras proseguían su excursión-. Entonces aumentaremos la extracción.

Poco después llegaban hasta los oídos de Berta el zumbido característico de una llamada por radio. Era Richard Balmer anunciando:

- ¡Vuelvan enseguida al Rayo ¡Los vigías telescópicos acaban de descubrir a una poderosa formación de aparatos marcianos que se acercan a Eros a gran velocidad!

- Elévense con el Rayo y tiendan la cortina atómica! ¡Pronto! -ordenó Miguel Ángel.

- ¡Pero usted…!

- Yo estoy bien aquí! invertiría demasiado tiempo en llegar al autoplaneta y entrar! ¡Pronto, no hay tiempo que perder!

- A la orden, jefe. Le tendré al corriente de lo que ocurra. Ya he dado la señal de alarma a los aparatos.

Los ojos negros de Berta se volvieron interrogantes hacia los de Ángel.

- No se preocupe -le tranquilizó el joven-. Estaremos a cubierto dentro de la atmósfera.

Mientras volaban sobre las máquinas zapadoras pudieron ver al autoplaneta elevándose rápidamente en el espacio.

Desde la superficie del asteroide ni siquiera se alcanzaban a 146 ver los aparatos amigos ni enemigos. Estaban demasiado lejos para que la vista los distinguiera. Pero muy pronto fueron perfectamente visibles

las explosiones de éstos cuando estallaban en el espacio bajo el impacto de los Rayos Z.

En Eros, el trabajo de extracción de mineral continuó como si nada ocurriera. Berta y Miguel Ángel fueron a situarse junto a un gigantesco transporte, cuya tripulación había montado un telescopio con el cual seguían las incidencias del combate.

- Soy Miguel Ángel Aznar -dijo el almirante al comandante del transporte -. Quisiera utilizar su aparato de radio para comunicar con mi autoplaneta.

El comandante español se apresuró a hacer entrar en su aparato a Ángel y ordenó a su radiotelegrafista que estableciera contacto por radio y televisión con el autoplaneta. Poco después, Miguel Ángel veía la rubicunda cara de Richard sonriéndole desde la sala de control del Rayo.

- Todo marcha bien -aseguró.

Los aparatos marcianos caían como moscas alrededor del Rayo, pese a estar demostrando una resistencia poco común contra los proyectores de Rayos Z. Como un centenar de proyectiles teledirigidos marcianos acababan de hacer explosión al tratar de rebasar con velocidades meteóricas la barrera atómica tendida por el Rayo sobre sí y sobre el hemisferio oriental de Eros. Los destructores del autoplaneta, a su vez, abrían una profunda mella en las formaciones masivas del enemigo. Richard calculaba en más de diez mil aparatos thorbod los que estaban peleando por abrirse paso hasta el asteroide.

A Miguel Ángel le asombró la tenacidad de los aparatos thorbod. ¿No estaban enterados todavía de la invulnerabilidad de los aparatos del autoplaneta y del propio autoplaneta frente a los Rayos Z?

La razón se la dieron los acontecimientos del hemisferio opuesto defendido por la flota de la Federación Ibérica. Mientras diez mil aparatos marcianos acosaban al autoplaneta y a sus aparatos, quince mil platillos volantes peleaban contra los españoles allí donde ni los proyectores ni la atmósfera del Rayo podía llegar por impedírselo la misma mole del asteroide 433.

Al mismo tiempo que el almirante recibía esta comunicación por radio, el avión desde el cual seguía el curso de la pelea empezó a vibrar. Los hombres grises estaban pulverizando el hemisferio opuesto con bombas atómicas.

- ¡Atención... Richard! -llamó Ángel-. Ordene a nuestros destructores y zapatillas que corran a auxiliar a los aparatos iberos del otro lado del asteroide! ¡Parece que lo están pasando muy mal!

- Berta Anglada, junto a Ángel, estaba mirando por una de las ventanillas del avión. De pronto vio algo que le paralizó el corazón. Borrosamente, a través de las nubes de polvo que levantaban las máquinas excavadoras, identificó a un platillo volante que, a poca

velocidad y altura, venía en línea recta hacia ellos.

- ¡Cuidado! -gritó-. ¡Un platillo volante thorbod!

Miguel Ángel dio un brinco y se puso en pie mirando hacia donde le señalaba la mano de Berta. El platillo volante hizo fuego contra alguna máquina o avión que estaba envuelto en una nube de polvo. Una cegadora llamarada azul indicó el fin del objetivo que acababa de atraer la atención del platillo volante. Este prosiguió su lento vuelo en dirección al avión de transporte. De pronto lo descubrió. Una explosión terrorífica hirió dolorosamente los tímpanos de Berta Anglada. Se vio envuelta en una llamarada azul.

Y de pronto lanzada a gran distancia sobre la capa de polvo que envolvía al asteroide 433 por una enorme brecha abierta en el casco del avión.

CAPITULO VIII

COMANDOS GRISES

Un mullido lecho de polvo recibió a Berta Anglada. Esta quedó atontada por el rudo golpe, se incorporó sobre las rodillas y trató de aquilatar la magnitud de la catástrofe. Pero la explosión del avión terrestre había levantado tal turbión de polvo que la vista no alcanzaba a ver más allá de un metro. Era como si estuviera envuelta por una espesa niebla.

- ¡Berta! ¡Berta! - oyó que la llamaba Ángel por radio.

- ¡Ángel! -sollozó la muchacha con el corazón encogido -. ¿Dónde estás? ¿Te han herido?

- ¡Maldito polvo! ¿Cómo se encuentra?

Berta recuperó la serenidad. Su voz era ya más tranquila al decir:

- Bien… perfectamente… creo.

Vio avanzar a alguien entre aquel espantoso caos polvoriento. Y corrió hacia la altísima figura con los brazos extendidos gritando: - ¡Señor Aznar!

Solamente al tener enfrente al hombre que avanzaba lentamente como un trampero por un campo recién nevado y sin raquetas comprendió que se había equivocado. Aquel no era Miguel Ángel Aznar. El verdadero Miguel Ángel gritó por radio: - ¡Berta! ¿Dónde está usted? ¿Qué le ocurre? La voz se negó a salir de la garganta de la muchacha. Porque lo que tenía ante sí, alto, ancho, poderoso y amenazador, era nada menos que un hombre gris.

La sorpresa de Berta fue tanta que en el primer segundo ni siquiera tuvo miedo. El thorbod empuñaba un fusil ametrallador atómico. Sus grandes y redondos ojos color escarlata se clavaron en la cara de Berta con fijeza horripilante, y en ellos creyó leer la joven española el

pensamiento de matar.

Efectivamente, el hombre gris, cuya trompetilla se había arrugado detrás de la campana transparente que cubría su cabeza, echó mano del fusil atómico.

Berta sintió entonces el primer ramalazo del miedo, y su instinto de conservación le impulsó a saltar rápidamente contra el thorbod al tiempo que gritaba con todas sus fuerzas: -¡A mí! ¡Socorro! ¡Ángel… a mi, un thorbod!

Por efectos de la escasa fuerza de gravedad de aquel planetillo, el impulso que Berta dio a sus jóvenes piernas la lanzó como un proyectil contra el hombre gris. Las dos armaduras de acero entraron en colisión con estrépito que resonó en los oídos de Berta Anglada, y por la violencia del choque, ambos rodaron por el polvo en confuso montón.

- ¡Berta! ¿Dónde está usted? -oyó la joven gritar a Ángel.

- ¡Corra… estoy… luchando… contra él! -jadeó Berta agarrándose con todas sus fuerzas a la robusta muñeca de la armadura del thorbod

Este hacia todo lo posible por sacudirse la garra de la española. Cada movimiento contribuía a hacer más canal la visibilidad.

Ambos se revolcaban sobre un lecho de polvo cósmico, mil veces más fino que la más fina de las harinas, y tan blando y poco consistente que en la lucha se hundían más y mas en él como en unas arenas movedizas. Berta apenas veía la horrible y feroz faz de su enemigo a través de aquella polvareda pero percibía claramente la ruda vibración de su propia armadura de vacío cada vez que sus cuerpos chocaban con furia.

De pronto, al alzar sus ojos angustiados, Berta vio sobre ella a una alta figura encerrada en una coraza negra.

- ¡Ángel! -exclamó al reconocer al almirante.

Ángel la asió de un brazo y la arrancó de un tirón de entre los brazos del thorbod. Berta observó entonces que Miguel Ángel empuñaba con la diestra una barra de hierro que en la Tierra hubiera pesado sus buenos 60 kilogramos. Aunque en Eros pesaba menos de cinco kilos, aquella barra de hierro tenía la misma dureza que allá. Como en un sueño, por entre el polvo, Berta vio cómo el nombre gris saltaba ágilmente en pie empuñando una pistola eléctrica.

- ¡Cuidado! -avisó- echándose atrás.

La barra de hierro de Ángel golpeó con fuerza sobre la muñeca del thorbod, quien soltó el arma al tiempo que retrocedía un paso.

La pistola fue a desaparecer entre el polvo. Berta observó entonces que el thorbod llevaba el fusil atómico colgado de una correa de la mano izquierda. Ángel dio un salto adelante, enarboló su terrible barra de hierro y descargó un golpe sobre la campana transparente que cubría la cabeza del thorbod.

Berta se arrojó de bruces al suelo y buscó a tientas, entre el polvo, la pistola eléctrica que el enemigo había dejado caer. Dejó escapar un grito de alegría cuando sus dedos entraron en contacto, a través del guantelete de acero, con la culata del arma, y se irguió empuñándola al tiempo que Miguel Ángel levantaba la barra de hierro para golpear con ella al thorbod, que había caído de espaldas al suelo.

- ¡Déjeme a mí! -dijo Berta avanzando por entre el caos de polvo.

El hombre gris trataba de incorporarse cuando Berta disparó contra él a quemarropa. Una chispa eléctrica surgió del cañón de la pistola y fue a dar en mitad del amplio pecho metálico de la armadura del thorbod, donde abrió un agujero del tamaño de un puño. El oxígeno a presión que llenaba la armadura se escapó por aquel agujero, que el hombre gris trataba en vano de tapar con sus manos enguantadas en acero.

A través de la escafandra, Berta pudo ver cómo los enormes ojos del thorbod saltaban de sus órbitas mientras un jugo espeso y blancuzco, la sangre de aquella horrible criatura, escapaba por los poros en pequeños chorros que luego bajaban por la faz espantosamente blanca del moribundo.

Berta apartó sus ojos sintiendo náuseas. Miguel Ángel arrebató el fusil atómico al hombre gris y fue a situarse junto a ella asiéndola por un brazo y diciendo:

- Vamos a elevarnos sobre este asqueroso mar de polvo. Con toda seguridad hay más hombres grises por estos andurriales.

Apenas acababa de sugerir esta posibilidad cuando vieron borrosamente entre el polvo dos altísimas siluetas más oscuras que avanzaban penosamente por la espesa capa de cenizas cósmicas. - ¡Hombres grises! - gritó Berta.

Miguel Ángel los había visto al mismo tiempo. Se detuvo, se echó el fusil a la cara y disparó dos veces con rapidez.

No pudieron escuchar el más leve rumor, pero dos deslumbradoras explosiones señalaron el impacto de los dos proyectiles atómicos contra los corpulentos hombres grises.

Acto seguido se elevaron con sus baks sobre el caos polvoriento. Al mirar a su alrededor, cuando estaban a cien metros de altura, pudieron ver a un platillo volante que evolucionaba seguido de muy cerca por una de aquellas pintorescas y aerodinámicas zapatillas volantes del autoplaneta.

El platillo estalló en una llamarada azul y la zapatilla se arrojó contra un segundo platillo que acababa de aparecer sobre el combado horizonte de Eros. Bajo sus pies, la vista no alcanzaba a distinguir lo que ocurría a causa de las densas nubes de polvo que lo cubrían todo. Sin duda estaba desarrollándose una feroz lucha entre los comandos thorbod y los españoles. Una escuadrilla de seis zapatillas volantes

apareció volando a tremenda velocidad. Un objeto bajó del cielo envuelto en llamas y fue a estrellarse contra la superficie de Eros.

- Nuestras zapatillas parece que están dando buena cuenta de los platillos volantes - observó Ángel.

Conectó su pequeño aparato de radio. Al hacerlo llegaron hasta él las atropelladas voces de cien aviadores formando una confusión de la que nada podía sacarse en claro.

A través del polvo, Ángel divisó a un par de hombres grises que estaban disponiéndose a disparar contra un avión de transporte. Ángel hizo fuego con su fusil atómico. Los dos comandos thorbod fueron hechos pedazos. En este momento divisaron un destructor interestelar.

- Ahí viene uno de mis aparatos -dijo Miguel Ángel. Y empeló a llamarlo por radio.

El destructor estaba muy ocupado ametrallando desde arriba a los comandos thorbod que las densas nubes de polvo le dejaban ver de vez en cuando. Al acercarse a Berta y a Ángel dejó tras sí, en el suelo, un rastro de grandes columnas de polvo que señalaban otros tantos impactos de sus cañones atómicos.

Un momento más tarde, los dos jóvenes entraban en el destructor por una angosta puertecilla que llevaba a una cámara neumática. Al salir de la cámara, Ángel ordenó al destructor que pusiera rumbo al autoplaneta, adonde llegaron cinco minutos más tarde.

El almirante se apresuró a bajar a la sala de control. Berta se fue con él y escuchó atentamente la radio enterándose así de la marcha de la batalla.

Al parecer, unos cincuenta platillos volantes habíanse introducido a poca velocidad en la atmósfera del Rayo y, a ras de la superficie de Eros, habíase dedicado a ametrallar las máquinas zapadoras, los generadores ató-micos de electricidad, los compresores y los aviones de transporte posados en el suelo. Al mismo tiempo desembarcaron una fuerza de doscientos comandos, que se dedicaron a matar sistemáticamente a cuantos terrestres encontraban al paso.

Ahora estamos dedicados a la limpieza de comandos - dijo el comandante Arxis por radiotelevisión -. Cuando nosotros llegamos al hemisferio defendido por la aviación íbera, los comandos estaban saltando sobre el asteroide. Comprendí que más importante que derribar platillos volantes era impedir la acción de los comandos, de modo que ordené a una escuadrilla de zapatillas volantes que volaran a poca altura sobre Eros y ayudaran a los de tierra. Todavía estamos cazando diablos grises, y creo que nos llevará un rato largo acabar con todos ellos. Este maldito polvo nos impide ver nada desde arriba.

El almirante se puso en comunicación con el coronel Fuster, que estaba al mando de la guarnición de Eros. El coronel estaba dado a los demonios.

- Desde luego -dijo tras soltar un juramento-, en cuanto supe que habían desembarcado comandos puse sobre aviso a todas las fuerzas de mi mando. Pero la lucha entre el polvo y la oscuridad es quizá la más endiablada que he vivido, la más traidora y la más insensata. Estos comandos sabían de cierto que no saldrían vivos de Eros. Se necesita tener coraje para saltar en estas condiciones sobre una posición ocupada por el enemigo. Y, desde luego, si se proponían desalojarnos de Eros han fracasado.

- Jamás soñaron en desalojarnos de aquí -aseguró el almirante-. Su objetivo era limitado. Hacer bajas entre los aviadores y destruir la maquinaria y el utillaje de las minas. Entiendo que han conseguido ambas cosas.

Así era, por desgracia. Según fue aclarándose la confusión empezaron a llegar noticias desastrosas. Unos cinco mil aparatos con el león ibero pintado en sus cascos habían perecido. Ciertamente, se llevaron por delante al infierno no menos de tres mil platillos volantes, pero si hubo algún vencedor en la batalla aérea, fueron los hombres grises quienes ganaron. Sus platillos volantes llevaron la mejor parte.

En cuanto a los daños causados por el bombardeo con proyectiles dirigidos contra el hemisferio opuesto al defendido por el autoplaneta, y también por los comandos, alcanzaban proporciones insospechadas. La acción de los comandos, en especial, había sido relativamente corta, pero muy rápida y eficaz. El ochenta por ciento de la maquinaria quedó inservible. Unos doscientos españoles desaparecieron sin dejar rastro.

Miguel Ángel Aznar encajó el rudo golpe con estoicismo.

- ¿Dónde está el profesor Von Eiken? -preguntó.

- Ahora baja -repuso George Paiton malhumorado y sombrío. El sabio alemán entró en la sala de control. Ángel le miró interrogante.

- La capa de pintura de que van recubiertos los aparatos marcianos es un compuesto de dedona -dijo el sabio con voz profunda.

- ¿Seguro?

- Seguro.

Berta clavó sus ojos en la cara enérgica de Miguel Ángel Aznar, tratando en vano de descubrir en ella una contracción, un gesto o cualquier otra cosa que denunciara las sensaciones del almirante. Pero la faz curtida de Ángel continuó impasible.

- Me lo figuraba -murmuró-. ¿De modo que los hombres grises conocen la dedona y sus propiedades?

- Puede que sólo conozcan de la dedona su extraordinaria capacidad para resistir los rayos Z. Por lo demás, los marcianos no deben andar muy sobrados de dedona, como lo demuestra el hecho de haberse limitado a recubrir los cascos de sus aparatos aéreos con una

delgada capa de pintura, en vez de protegerlos con una coraza de este mineral.

- Ojala sea como usted dice -murmuró el almirante.

- Puesto que terminé el análisis, ¿debo partir in mediata mente hacia Tierra?

Espere, todavía no. Necesito hablar antes con los generales. ¿Puede decirme alguien dónde están?

- En el salón de conferencias -dijo uno de los hombres azules que ayudaba a Balmer ante los aparatos de radio.

- Vengan conmigo -dijo Ángel a Berta y al profesor Von Eiken.

Entraron en el ascensor que cruzando el corazón del autoplaneta ponía en comunicación el polo sur con el polo norte, y poco después entraban en el salón de conferencias, donde el general Power les salió al paso diciendo

- ¿Cuándo partimos hacia la Tierra? Después de demostrar que la superioridad de los aparatos thorbod sobre los nuestros se debe a esa capa de dedona que los recubre, no encontraremos grandes dificultades en convencer al Consejo de las Naciones de que es indispensable continuar en este asteroide.

- He cambiado de parecer -dijo Miguel Ángel acercándose a la mesa y apoyando en ella sus manos-. El descubrimiento de que los thorbod protegen sus aparatos con una ligera capa de pintura a base de dedona altera todos nuestros planes anteriores. También nosotros podemos proteger a nuestros aparatos con esa pintura... y hemos de hacerlo cuanto antes para acabar con la supremacía de los marcianos sobre los aviones terrestres.

- También nosotros acabábamos de llegar a esa conclusión - aseguró el general Kisemene -. Sin duda, nos urge llevar un buen cargamento de dedona a las fundiciones de la Tierra y preparar esa pintura antes que nada. Lo malo es que no tenemos aviones apropiados para el transporte, a excepción de los de usted. Pero estos no podemos utilizarlos para el transporte, pues apenas se hayan alejado volverán los platillos volantes y ocuparán Eros.

- Tenemos a bordo del autoplaneta veinte mil metros cúbicos de dedona -dijo Ángel-. Puesto que los marcianos nos han destruido el ochenta por ciento de la maquinaria de extracción de mineral y los trabajos han quedado poco menos que totalmente paralizados, la permanencia del autoplaneta en este asteroide es, al menos temporalmente, innecesaria. El Rayo puede hacer el viaje a la Tierra. Váyanse con el Rayo llevándose también a toda la guarnición. Yo me quedaré aquí con cuarenta y ocho destructores y las doscientas zapatillas volantes. Esta fuerza bastará para impedir que los hombres grises ocupen Eros durante la ausencia del Rayo. Una vez en la Tierra lleven la dedona a las fundiciones, expliquen al Consejo de Naciones

lo ocurrido y procuren por todos los medios conseguir del Consejo los aparatos y la energía atómica que necesitamos para crear una atmósfera en Eros. No regresen a menos que sea llevando nueva maquinaria, los aparatos para la atomósfera y bastantes proyectores de Rayos Z para defender a Eros y asegurarnos una explotación de estas minas libre del peligro de los bombardeos marcianos.

- ¡Pero todo eso invertirá mucho tiempo… tres o cuatro meses cuanto menos! -protestó Limoges.

- Procuren abreviar esas tareas todo lo posible. Piensen que, de todas formas, insistir en explotar estos yacimientos sin asegurarnos contra los bombardeos marcianos es tiempo perdido. Perderemos tres o cuatro meses en estos preparativos; bien, pero una vez estemos firmemente asentados en Eros no podrán los thorbod impedirnos que saquemos la dedona en grandes cantidades y creemos la gran flota de la Policía Sideral.

- ¿Y si los marcianos ocuparan este asteroide mientras tanto? -No lo ocuparán, esté seguro. Y si lo hicieran tanto peor para ellos. Yo les impediré que arranquen ni un pedazo de dedona, simplemente empleando su propia táctica de bombardeos y ataques esporádicos. Al mismo tiempo efectuaré algunos raids por las cercanías de Marte. Les molestaré cuanto pueda, me dedicaré sin descanso a la caza de aparatos aéreos y, en fin, les tendré en jaque hasta que estén ustedes de regreso.

- ¡Con tal de que no respondan a sus ataques con la declaración de la guerra total! -murmuró Kadde.

- No habrá guerra total, al menos por algún tiempo aseguró el almirante-. ¿Es que no han comprendido la táctica de los marcianos todavía? ¿Acaso ha contestado la Tierra con una guerra total a la provocación de Marte? Desengáñense. Ellos están en el mismo caso que nosotros. No están bastante preparados para una guerra en firme y procuran entretenernos, molestarnos e impedir que nos armemos. No sé por qué lo harán. Supongo que estarán fabricando más armas y aviones. Tal vez sólo tengan protegidos con pintura a base de dedona un corto número de aparatos, y si fuera así se explicaría su demora en lanzarse a la invasión del Mundo. Mientras no tengan todas sus escuadras pintadas, no empezarán la guerra en serio.

Los generales no respondieron. Durante un buen rato meditaron sobre las palabras del almirante.

- Yo creo -dijo finalmente el general Yenangyat-, que el almirante está en lo cierto. Tanto importa que el autoplaneta Rayo esté aquí como en la Tierra mientras no podamos dedicamos con tranquilidad a la explotación de los yacimientos de dedona. Algo hemos conseguido en todo este tiempo. Tenemos bastante dedona para proteger a un considerable número de aparatos aéreos y para fabricar los taladros

que incrementarán la producción de este mineral.

- Sí -apoyó el general Limoges-. Vayamos a la Tierra lo más rápidamente posible. Volveremos con nuevos pertrechos, maquinaria, baterías Z y una poderosa nota cuyos aparatos estarán ya protegidos con esa nueva pintura.

Poco más se habló. Inmediatamente empezaron a hacerse los preparativos de marcha. Las máquinas zapadoras que todavía eran útiles fueron introducidas en el autoplaneta para evitar que las utilizara y destruyera el enemigo. Los aparatos de la aviación de la Federación Ibérica que habían sobrevivido a los dos ataques de los thorbod partieron apenas el último zapador estuvo alojado en el autoplaneta.

Berta Anglada presenció todos aquellos preparativos con el ceño fruncido. Fue decidida en busca del almirante y le dijo. -Yo quiero quedarme con usted, señor Aznar.

Contra lo que esperaba y la mantuvo preocupada, el almirante no se opuso.

- Puede quedarse conmigo si ese es su gusto, Berta sonrió-. No quiero privarle del espectáculo de los combates que van a empezar en breve.

Poco después, desde la cabina de mando del destructor España, Berta Anglada veía con cierta tristeza cómo el autoplaneta Rayo se internaba en el espacio y desaparecía rumbo a la Tierra. Bajo sus pies, todavía envuelto en nubes de polvo, el asteroide 433 se le mostraba desierto y frío. Ni un ser viviente quedaba sobre él. La única muestra de vida estaba en el espacio, donde se movían los 47 destructores restantes y las 200 aerodinámicas zapatillas volantes.

CAPITULO IX

PIRATERÍA SIDERAL

No había en el mundo, con toda seguridad, fuerza armada tan original como la de Miguel Ángel Aznar. Los destructores eran unos navíos de setenta metros de largo y forma de huso, bastante parecidos a los submarinos atómicos del siglo XX, incluso por la achatada torrecilla que sobresalía sobre el centro de su parte superior. En realidad, estos destructores no solamente podían viajar de planeta a planeta cubriendo distancias de millones de kilómetros en pocos días, sino que podían también navegar sobre o bajo la superficie del mar.

Lo más extraordinario de estos destructores era su tripulación. Por lo general bastaba un solo hombre para mandar tan complicado instrumento de guerra y, en realidad, cualquiera de aquellos destructores hubiera podido desempeñar cualquier misión sin la

presencia ni el control de ningún ser vivo.

La tripulación de estos navíos era puramente mecánica; es decir, electrónica, y solamente los dos pilotos tenían forma y movimientos humanos, porque eran robots de una perfección inverosímil, capaces de ver, oír, hablar e incluso pensar.

Los artilleros, los oficiales de derrota, los vigías… todos los demás elementos indispensables en un navío de guerra, eran también electrónicos, aunque ni siquiera tenían forma humana. Un artillero era a bordo de aquellos destructores una máquina aneja al cañón que manejaba. Esta máquina pensaba, veta, y sobre todo gozaba de una extraordinaria memoria. Si el comandante del destructor le ordenaba disparar sobre un avión, el artillero electrónico no solamente obedecía con rapidez y puntería infinitamente superior a la de un ser vivo, sino que en lo sucesivo dispararía siempre contra aquel tipo de avión, cualesquiera que fueran las circunstancias y aunque hubiera transcurrido un siglo desde la primera vez que le fue presentado como enemigo.

El navegador automático, por ejemplo, era un complicado instrumento encargado exclusivamente de saber en todo momento la situación del navío.

Las únicas máquinas dotadas del privilegio de andar, sentarse y, en fin, de todos los movimientos que caracterizan al hombre humano, del que tenían también la forma y los principales órganos ópticos, acústicos y fonéticos, eran el piloto y el copiloto robots.

De estos pilotos puede decirse que eran las máquinas más perfectas creadas por el genio del hombre. Pilotos electrónicos como éstos eran los que tripulaban las curiosas zapatillas volantes, aparatos exclusivamente creados para la caza. Los pilotos electrónicos habían sido especialmente fabricados y adiestrados para combatir en el espacio y desempeñar este cometido con tan fría, segura e infatigable precisión, que bien podía calificárseles como máquinas especializadas en matar.

Mataban sin encono, ni odio, ni rencor. Mataban con la indiferencia de la cuchilla que cae con seco golpe sobre el cuello del condenado a muerte. Mataban sin saber por qué ni para qué lo hacían, simplemente porque se les ordenaba destruir tal o cualquier avión o aquél o este hombre, animal o máquina.

Estos hombre mecánicos jamás preguntaban el porqué de nada. Nunca protestaban ni se rebelaban. Nunca se cansaban. Sus cerebros electrónicos trabajaban infatigablemente con la serena y fría precisión de las máquinas bien construidas. Su exclusivo alimento era la electricidad, que recibían por una pequeña antena que sobresalía de sus cráneos de acero. Cuando no recibían ondas electromagnéticas los robots quedaban inmóviles, muertos. Ningún hombre mecánico tenía

conocimientos bastantes para formarse una idea de su propia existencia. Sabían cómo pilotar un avión y llevarlo a cualquier parte que se les ordenara, sabían buscar al enemigo y elegir el momento adecuado en que habían de disparar sus mortales rayos de fuego, pero ignoraban la secreta fuerza que les daba vida, porque su razón no alcanzaba a tanto.

Berta Anglada no podía evitar un estremecimiento de repulsión cada vez que veía moverse a estas extrañas criaturas electrónicas.

En un principio, antes de que el autoplaneta, los destructores y las zapatillas volantes entraran a formar parte de la Policía Sideral, los destructores llevaban comandantes saissais o de raza azul. Los robots habían sido creados por una rama de esta gran familia azul que fue a habitar Ragol, de modo que los hombres mecánicos no obedecían a otra lengua que a la saissai.

Ahora, después de la partida del autoplaneta, los destructores estaban mandados por aviadores terrestres de la Policía Sideral.

Los hombres de raza azul que Ángel y sus amigos trajeron del planeta Ragol, habían partido con el Rayo, y también se marcharon George Paiton, Richard Balmer, Thomas Dyer y los profesores Louis Frederick Stefansson y Erich Von Eiken.

Berta comprendió que si el almirante le permitió quedarse con él en Eros, se debió más a la necesidad de contar con algún amigo que a cualquier otra cosa.

En efecto, privado de la compañía de sus amigos, Miguel Ángel hizo de Berta Anglada su confidente. La vida a bordo del destructor España, inmovilizado a cien millas del asteroide 433 de la serie, era monótona y aburrida. En sus ratos de malhumor, Ángel confiaba a Berta sus dudas y temores. Cuando estaba alegre, entonces relataba sus extraordinarias aventuras por el cosmos o la vida del siglo XX. Y Berta Anglada, según conocía más y mejor a Miguel Ángel, sentíase más ligada a él por los vínculos secretos de su admiración. ¿Se dio cuenta el almirante de que en los bellos ojos negros de su atento oyente había algo más que interés y curiosidad cuando le relataba sus pasadas aventuras y sus esperanzas para el futuro?

Había veces en que Berta sentía su alma desnuda bajo la penetrante mirada de Miguel Ángel. Entonces se decía que él había descubierto el amor de ella. Pero luego, los acontecimientos demostraban a Berta lo contrario. Miguel Ángel no era ciego. Sencillamente, estaba demasiado preocupado con los marcianos para caer en la cuenta de la muda adoración de su compañera. Y, por otra lado, estaba demasiado reciente la muerte de Bárbara Watt, la esposa de Ángel, para que éste olvidara su antiguo amor.

Transcurrieron cincuenta horas sin que nada ni nadie alterara la bochornosa paz del asteroide 433.

- ¿Usted cree que volverán los platillos volantes? -preguntó Berta a Ángel.

- No tardarán mucho en acercarse, siquiera sea para ver qué estamos haciendo.

Corroborando la suposición del almirante de la Policía Sideral, trece horas más tarde se dejaba oír el timbre de alarma del vigía telescópico automático. La comandante Juana Graner, el único ser humano aparte de Berta y Ángel a bordo del destructor España, llamó al almirante a la cabina de mando. Juana era una mujer de mediana estatura y unos treinta años de edad, trigueña y provista de un par de ojos color verde, afilados como puñales.

La cabina de mando del destructor era circular. De frente a la proa estaban sentados en sendos sillones dos robots. Estos eran los pilotos. Ocupando el centro de la sala había una mesa redonda, sobre cuya superficie se proyectaban las imágenes captadas por el poderoso telescopio de a bordo. Una formación de quizás 15.000 platillos volantes del último modelo se acercaba a gran velocidad.

Vistos sobre la mesa parecían una espesa nube de moscas dispuestas a devorar la escasa fuerza de 48 destructores y 200 zapatillas volantes de la Policía Sideral.

La batalla de Eros comenzó dos minutos más tarde cuando ambas fuerzas se hallaban separadas por 300 millas de distancia. A 300 millas, el disparo de los Rayos Z de los destructores era ya efectivo. El alcance de los proyectores de Rayos Z de los platillos era de cerca de 200 millas, ligeramente superior al de las Fuerzas Aéreas de la Tierra. Los aviones terrestres, como las zapatillas, alcanzaban solamente 150 millas.

Los 48 destructores del autoplaneta abrieron simultáneamente el fuego en cuanto los platillos volantes rebasaron las 300 millas de seguridad.

Una hecatombe de platillos volantes siguió a la primera andanada de los destructores. El espacio, totalmente negro, sobre el que brillaban las estrellas, y, muy próximo. Marte, se pobló de relámpagos azules, cada uno de los cuales daba cuenta del fin de un aparato marciano.

La segunda andanada siguió a la primera con un segundo de intervalo. El espacio se vio invadido unos segundos por un centenar de nuevas estrellas. Luego, por otro…,por otro…

Los platillos volantes rompieron su formación y se abrieron en abanico envolviendo a Eros y los destructores. Berta pudo ver una especie de flechas doradas que surcaban el cielo en dirección a los platillos volantes. Eran las zapatillas, el avión de caza más manejable y veloz del mundo entero.

Con ayuda del telescopio auxiliar, Berta Anglada pudo seguir a su

comodidad el curso de la tremenda batalla aérea. Junto a ella, el almirante daba órdenes restallantes a sus pilotos electrónicos y a los comandos de las demás unidades. Berta, con el ojo pegado a una lente que se diferenciaba muy poco de la de un submarino del siglo XX, vio cómo las zapatillas se abalanzaban sobre los aparatos marcianos obligando a éstos a entrar en un cuerpo a cuerpo que, sin género de dudas, no era del gusto de los pilotos grises.

Vio cómo, a una orden de Miguel Ángel, empezaban a moverse los destructores, eludiendo las nutridas andanadas de torpedos atómicos que los platillos volantes estaban lanzando al espacio.

Los destructores se dieron a evolucionar de un modo continuo, esquivando los torpedos y destruyendo a éstos con los mortíferos Rayos Z.

Durante quince minutos la situación de los destructores se hizo poco menos que insostenible. Berta apartó un momento el ojo de la lente y miró a Miguel Ángel. Le vio preocupado, con la frente cubierta de sudor y dando órdenes sin cesar mientras mantenía los ojos en el indicador de la temperatura del casco, que oscilaba entre los 4.800 grados y los 5.000 grados casi de modo incesante. El registro automático señalaba 51 platillos volantes derribados o, cuando menos, capturados por los haces de Rayos Z. Un cálculo superficial arrojaba la abrumadora cantidad de cerca de 2.400 platillos volantes derribados, dando a cada destructor un término medio de 50 platillos destruidos. ¿Cuántos habrían destruido las zapatillas desde que se lanzaron al ataque?

Era imposible entretenerse en averiguarlo en estos momentos de tensión. Lo cierto era que al pegar nueva-mente el ojo a la lente del telescopio auxiliar, Berta pudo ver que el número de platillos volantes había disminuido notablemente. Hacia su derecha vio a dos platillos desintegrados en el vacío interestelar. Luego vio con dolor cómo un destructor de la flota del autoplaneta sucumbía de forma aparatosa y violenta bajo el impacto de un torpedo de un centenar de platillos volantes que le acosaban sin descanso. Dos zapatillas acudieron inmediatamente al lugar de la catástrofe y liquidaron al enemigo de una forma que jamás Berta había visto. Mientras abatían a dos platillos con sendos certeros disparos, las zapatillas hicieron una pirueta y se arrojaron contra los platillos, atravesando a dos de parte a parte y lanzándose contra los dos que quedaban incólumes.

Berta había oído decir que los aviadores thorbod no conocían el miedo y jamás retrocedían. Ahora comprobó que era verdad. Los platillos volantes peleaban como verdaderas furias. Eran quizás los mejores aparatos del Universo, después de los destructores y las zapatillas volantes de Miguel Ángel Aznar, y aunque su número decrecía con rapidez espantosa, jamás demostraron dudas, temor, ni

cansancio.

Muy lentamente al principio, cada vez más deprisa luego, la flota del autoplaneta fue sacando ventaja al feroz enemigo. Berta vio caer derribados todavía, convertidos en polvo cósmico, a dos destructores más. Luego, la menor concentración de proyectores Z sobre los destructores puso la victoria definitivamente del lado de la Policía Sideral. La batalla duró una hora y quince minutos, y en este tiempo se perdieron nueve destructores.

Los thorbod, contando muy por encima, habían perdido en el mismo tiempo unos 7.000 platillos volantes. El resto se puso en fuga en dirección a Marte.

- ¡Cómo! -exclamó Berta-. ¡Creí que los hombres grises no retrocedían nunca!

- Y así es. Si ahora vuelven atrás será porque su jefe se ha asegurado de la inutilidad de sus esfuerzos. Vamos a perseguirlos.

Se cursaron las órdenes oportunas. Toda la flota se puso en movimiento lanzándose en persecución del enemigo, al que poco a poco fueron dando alcance. Cuando les tenían a 300 millas, y cuando los Rayos Z de los platillos eran todavía ineficaces, los artilleros electrónicos de la flota sideral abrieron el fuego con todos sus cañones de proa. Uno tras otro, en racimos de cinco, ocho o diez, los platillos volantes fueron jalonando con explosiones azules dos millones de millas de camino a través del espacio.

Cuando el último de los platillos se desintegró con una llamarada vivísima, Miguel Ángel ordenó hacer alto. El asteroide Eros, 433 de la serie, había desaparecido en la inmensa lejanía. Frente a la flota de la Policía Sideral se veía el planeta Marte como un hermoso rubí, resplandeciente en la lobreguez sideral, tachonada de minadas de estrellas.

La batalla de Eros demostró que la única forma de aniquilar a la flota sideral sería apresándola en un circulo de 20.000 platillos volantes, cuanto menos. La batalla de Eros fue también la más feroz de las que había tomado parte Miguel Ángel Aznar, y la primera donde un enemigo cualquiera logró derribar nueve destructores construidos con dedona.

Los hombres grises de Marte debieron considerar de primordial importancia aniquilar a esta pequeña y tremendamente poderosa flota. Algunos platillos volantes de los que intervinieron en la batalla de Eros regresaron sin duda a Marte por largos caminos siderales, para contar cómo los titulados aparatos invencibles de la Policía Sideral habían caldo derribados ante sus platillos volantes. Lo cierto fue que dos semanas más tarde, una formidable formación de 25.000 platillos volantes se presentó sobre Eros con la evidente intención de presentar batalla a la flota sideral y aniquilarla, aún a riesgo de perder casi toda

aquella escuadra.

- No comprendo por qué han venido -dijo el almirante-. ¿Nos creen tan tontos como para hacerles frente?

E inmediatamente ordenó a todos los aparatos propios que emprendieran la huida hacia Marte, dando un ligero rodeo.

Los aparatos de Ángel eran mucho más veloces que los platillos volantes, de manera que pudieron eludir la batalla. En cambio, el almirante llevó a su pequeña flota hasta las cercanías de Marte, en donde les salieron al encuentro dos millares de apresurados cohetes marcianos. El almirante presentó batalla, y Berta pudo ver con gozo cómo los cohetes thorbod caían agavillados entre el satélite Phobos y el planeta Marte. Una considerable fuerza, integrada por varios miles de platillos volantes, salieron al encuentro de la flota sideral. Entonces, el almirante ordenó la retirada. Los platillos volantes se quedaron muy atrás.

Un centenar de horas más tarde, la flota volvía a presentarse en Eros, derribaba un millar de platillos y emprendía la fuga en dirección a la Tierra. Los hombres grises creyeron tal vez que no volverían, pero la flota viró a mitad camino y regresó a Eros, donde los hombres grises, contra toda lógica, habían desembarcado gran cantidad de máquinas zapadoras. Los destructores, aprovechándose de que la mitad de los platillos volantes se habían marchado, atacó a la guarnición y bombardeó con torpedos atómicos el desgraciado Eros.

Los restantes 12.000 platillos volantes no estaban muy lejos y corrieron en auxilio de sus compañeros. Cuando llegaron, la flota sideral había desaparecido.

* * *

Así, por espacio de tres meses -contados por días de la Tierra-, la flota sideral fue el tormento y el quebradero de cabeza de los inteligentes hombres grises que habitaban Marte. Aquellos alucinantes destructores y zapatillas volantes aparecían donde menos se les esperaba, mordían con ferocidad en las líneas del enemigo y desaparecían en la inconmensurable inmensidad del cosmos. Durante aquellos tres meses, Miguel Ángel practicó la piratería sideral. Sólo presentaba batalla a las pequeñas formaciones de enemigos, rehuía las grandes y efectuó algunos raids muy violentos contra Phobos y Deimos, los dos satélites-base de Marte. Hizo imposible la explotación de Eros, y aun cuando los marcianos consiguieron fletar varios aviones de transporte con dedona, la flotilla pirata -como Ángel denominaba a su propia fuerza- se encargó de impedir que llegaran a Marte. Todos sucumbieron a mitad camino, sin que su formidable escolta pudiera impedirlo.

Un día, al cabo de este tiempo, se recibió a bordo del destructor España, cubierto de gloria y de las cicatrices de los aerolitos que constituían los escollos siderales, un radio procedente del autoplaneta Rayo. Estaba expedido en clave y citaba a la flota para seis días más tarde… en Eros.

Seis días después, a bordo del destructor España, Berta Anglada oteaba el espacio por medio del poderoso telescopio. De pronto lanzó un grito. A la hora y minutos fijada, con exactitud cronométrica, apareció en el campo visual del telescopio la formidable mole del autoplaneta rodeado en un enjambre de más de 20.000 aviones, cuyas brillantes superficies metálicas herían con fuerza los rayos del Sol.

- ¡Ahí está el Rayo… viene acompañado por los nuevos aviones cohete, protegidos con pintura de «dedona»! -gritó Berta.

Berta, en realidad, ignoraba si aquella formidable fuerza venía recubierta de dedona, pero así lo supuso. Corrió a dar la noticia a Miguel Ángel, y encontrándolo en mitad del angosto pasillo se le colgó del cuello, llorando de alegría.

- ¡Berta… muchacha! -llamó Ángel, golpeándola cariñosamente en la espalda-. ¿Qué le ocurre?

- Ángel. Yo… si usted me diera un… un beso, me consideraría la mujer… la mujer más feliz del mundo -sollozó Berta, abrazando al almirante.

Ángel se inclinó y la besó suavemente en los labios. Berta le rodeó el cuello con sus brazos y se apretó contra él.

- Lo siento, Berta -murmuró Miguel Ángel con voz ronca -. Yo… adiviné hace tiempo que me ama usted. Pero… bien; es usted una chica maravillosa… la única a quien podría dar mi corazón… si mi corazón no fuera todavía de una muerta.

- Perdóneme, Ángel -sollozó Berta -. Jamás me hubiera atrevido a decírselo. Pero puesto que lo sabe… me alegro… y… ¿no podrá quererme usted… nunca… un poquito…?

- Ya la quiero un poquito, Berta. Pero usted merece más, ¡mucho más! y la miseria de mi cariño no le satisfaría a usted… ni a mí.

No obstante… más adelante… ¿quién sabe? Mi dolor se mitigará seguramente, y cuando mi corazón vuelva a sentir sed de amor… será usted, sin duda la que más cerca está de él, quien entre de lleno en mis pensamientos y en mi vida.

Berta, profundamente avergonzada, se desprendió de los brazos de él y fue a refugiarse en su camarote.

Salió de él una hora más tarde, al empezar la batalla por la reconquista de Eros. Fue una batalla relámpago, donde los aparatos españoles vengaron con creces a sus compañeros caídos tres meses antes. Tal y como había dicho Berta Anglada, los 20.000 aparatos que iban a guarnecer el asteroide estaban recubiertos por una capa de

pintura a base de dedona.

En igualdad de condiciones, los aviones iberos hubieran derrotado a los platillos volantes. Con la ayuda de la flota sideral y del autoplaneta Rayo, la victoria fue más rápida y más fácil. Doce horas después de haber empezado la batalla de reconquista, los primeros españoles hollaban el polvo de Eros e izaban el pabellón de la Policía Sideral. Poco después se posaba sobre el asteroide el autoplaneta. Berta y Miguel Ángel saltaron a tierra enfundados en sus pesadas corazas de vacío y corrieron hacia el Rayo.

Cinco grotescas figuras enfundadas en sendas corazas les salieron al encuentro. Eran los profesores Louis Frederick Stefansson y Erich Von Eiken, Thomas Dyer, George Paiton y Richard Balmer, los cinco campeones de Miguel Ángel Aznar. Los seis amigos se fundieron en un apretado abrazo de alegría.

Berta miró sobre las cabezas de aquellos hombres al Rayo. Una poderosa grúa avanzó hasta el borde del anillo que rodeaba a la fantástica nave del espacio y descolgó sobre el polvo de Eros la primera máquina zapadora.

- ¡Nadie podrá echarnos ahora de Eros! -oyó decir por radio al profesor Erich Von Eiken-. ¡Traemos de todo! ¡Barrenas de dedona, máquinas zapadoras, ingenieros, baterías de Rayos Z… y aparatos y pilas atómicas bastantes para rodearnos de una sólida atmósfera.

Berta sintió que los ojos se le empañaban. Una procesión de hombres encerrados en sus escafandras de vacío, descendían del Rayo. La actividad comenzaba de nuevo. Todavía faltaba mucho para llegar al fin, pero andando se llegaría. Oyó que la llamaban: «Venga con nosotros, Berta». Era Ángel. Y acudió.

FIN

[1]Como ocurriría con la Luna de seguir parecida trayectoria. (N. del A.)